Nuestras propias historias

Vida en familia I

MINISTERIO
DE **EDUCACIÓN**





Vida en familia

I

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA
Lenín Moreno Garcés

MINISTRO DE EDUCACIÓN
Milton Luna Tamayo

VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN
Alfredo Astorga Bastidas

VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA
Francisco Cevallos Tejada

SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR
Diego Paz Enríquez

DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)
Laura Barba Miranda

EQUIPO TÉCNICO
Coordinación editorial: Verónica Vacas Andrade
Consejo editorial: Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Medios Públicos - EP

IMPRESIÓN
Medios Públicos - EP

ISBN: 978-9942-22-369-2

Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador

www.educacion.gob.ec

Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular









Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia –desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde–, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los "escritores profesionales", hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

LUIS ZÚÑIGA
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

Índice

ANDREA HERNÁNDEZ
nació en Tulcán, Carchi, en 1992. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Carlos Romo Dávila. Su actividad favorita es salir a caminar.

Amiga de toda la vida

Todo comenzó hace veinticuatro años, con el nacimiento de dos niñas, por coincidencia en el mismo año y en el mismo mes. Aquellas niñas éramos mi prima y yo.

La vida nos destinó a estar juntas desde muy pequeñas. Cuando teníamos dos años, mi prima vivió en mi casa por un tiempo, pues su madre viajaba por trabajo. No lo recordamos, pero mis padres



nos lo relatan, y la verdad es que son anécdotas tan graciosas que siempre las cuentan en reuniones familiares o cuando lo amerita el caso. El hecho es que desde pequeñas empezamos a descubrir la vida juntas como buenas amigas.

Pasaron los años e ingresamos a la escuela. No estábamos en el mismo paralelo, pero siempre nos reuníamos en el recreo para jugar y compartir nuestra lonchera. Al cabo de unos años comenzamos la secundaria; fuimos al mismo colegio y estudiamos la misma especialidad. Aquella época fue inolvidable: éramos dos adolescentes con grandes sueños en la vida, pero a la vez no nos preocupábamos. Tantas locuras inocentes cometimos, que hoy en día las recordamos y nos causan al mismo tiempo júbilo y tristeza, por saber que esos tiempos no volverán.

Un par de años más tarde, mi prima y yo decidimos estudiar una carrera y obtener una profesión, así que rendimos las pruebas

y logramos ingresar a la universidad. Una nueva etapa en nuestras vidas estaba por comenzar, ya que teníamos que viajar y vivir en otra provincia. No conocíamos a nadie y, la verdad, fue un poco complicado hacer nuevos amigos. Con el pasar de los meses todo fue mejorando, y continuamos estudiando sin ningún percance.

El tiempo seguía sin parar. Los cuatro años de estudio universitario terminaron y afloró la nostalgia. A la hora de partir, mi prima y yo analizábamos en resumen todo aquello que habíamos logrado construir en aquel lugar: conocimos personas increíbles y lugares hermosos, pero, sobre todo, vivimos momentos de alegría y tristeza que nos ayudaron a crecer como personas.

Hoy en día la historia continúa. Las dos vivimos nuevamente en nuestra ciudad pero en diferentes hogares. Ejercemos en distintas instituciones la profesión que nuestros padres nos dieron con tanto amor, y siempre estamos en contacto.




ARIEL FERNANDO CARPIO
nació en Vinces, Los Ríos, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Nacional Tena. Su actividad favorita es leer.

Volviendo a las raíces en busca del amor

Elena vivía en el cantón Vinces, de la provincia de Los Ríos. Era una muchacha soñadora a la que le gustaba el trabajo decente para llevar el alimento a su familia. Un día, conoció a un joven de 26 años, Aníbal, que era abogado. Los dos empezaron a frecuentarse al punto que se

veían casi todos los días. Tenían algo en común: su manera de ser. Así, se enamoraron y formaron una pareja perfecta.

Un día, Aníbal tomó la decisión de viajar a la Sierra y llevársela con él, y ella, ilusionada, aceptó. El tiempo pasó y tuvieron cinco hijos: Amalia, Rocío, Graciela, Juan y Jennifer; vivían en una casa lujosa de tres pisos en la ciudad de Quito. Sin embargo, en una oportunidad, Aníbal hizo un mal negocio que lo llevó a la quiebra. Elena se puso muy triste, pues tuvieron que vender la casa y demás pertenencias para remendar ese error.

Luego de aquel desliz, Aníbal se arrepintió y consiguió un trabajo en la ciudad de Tena. El día que puso un pie allí se modificó casi toda su vida. Inmediatamente llamó a su familia para que lo acompañara en aquella bella ciudad: consiguieron una casa hermosa con jardín y una piscina, y sus hijos retomaron el estudio.

Pero pasaron tres años y Aníbal volvió a errar. Elena ya no soportó su deshonestidad y le pidió el divorcio. Al poco tiempo, sus hijos la siguieron y se fueron a vivir con ella, nuevamente con amor, tranquilidad y fraternidad.

La vida de Elena se transformó por completo. Consiguió trabajo como secretaria (y después vicegerenta) en el Registro Civil. Además, siguió un curso de enfermería y hasta trabajó largo tiempo en un hospital.

Un día, su hija Graciela, la más inquieta, decidió viajar a Vinces para visitar a su abuela materna y darle una sorpresa. Fue tanta la felicidad de la anciana por conocer a su nieta, que esta se terminó quedando por un largo tiempo; incluso conoció a un apuesto joven de 24 años.

Apenas se miraron, sintieron mariposítas en el estómago. Su nombre era Víctor, un gran amante de la actividad física, en especial del "rey de los deportes", el fútbol. Empezaron una bella amistad, que luego fue creciendo hasta que se hicieron novios y con el tiempo llegaron al matrimonio. Pasaron diez años y se alegraron con el nacimiento de



cada uno de sus cuatro hijos: Abelardo, Aldo, Gisell y yo, Ariel, que crecí con el amor de mis padres y hermanos en Vinces.

En una de nuestras vacaciones viajamos al Oriente a visitar a mi abuelita Elena, y mi padre quedó maravillado al ver cuán hermosa era la ciudad de Tena: por sus paisajes, sus ríos y su clima cálido tomó la decisión de vivir aquí. Y así comienza mi vida en esta ciudad.

Esta tierra que me abrió sus brazos tiene una lengua original, el kichwa; platos tradicionales como los maitos de tilapia y chontacuro; y bebidas como las chichas de chonta y yuca, que satisfacen el paladar de los turistas nacionales e internacionales. Tena es un lugar pequeño, pero lleno de amor y fraternidad. Cualquier persona que visita esta ciudad se enamora de ella, al igual que mi padre.

Esto no significa que me haya olvidado de la hermosa ciudad que me vio nacer, Vinces. Mis raíces comienzan allí, con la historia de amor de mis abuelos y, luego, la de mis padres, con el final agradable y duradero que yo les he compartido.




ELICIO EFRAÍN BENAVIDES
nació en el recinto Nueva Santa Rosa, Cotopaxi, en 1982. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Sus actividades favoritas son la docencia y el deporte.

Un niño que amaba el fútbol

Hace mucho tiempo había un niño llamado Jaimito, muy inteligente y respetuoso. Le gustaba jugar con sus amigos: todos los días se encontraban en la cancha de su barrio después de hacer los deberes que les mandaba la profesora Marthita.

Como la cancha era de tierra, se revolcaban, se lanzaban y llegaban a casa con la ropa mugrienta. Su mamá entonces se ponía



furiosa, lo retaba y amenazaba con pegarle pero nunca lo hacía, porque era su último hijo, el consentido de la casa. Sin embargo, como castigo lo mandaba a lavar su ropa polvorienta.

Con su jabón, Jaimito iba al río junto a sus amigos. Después de jugar un largo rato a las cogidas, se sentaba a lavar su ropa y sus zapatillas, que tenían unos agujeros a través de los que fácilmente se podían ver los dedos. Nada lo podía detener, porque amaba el fútbol.

Un día, al llegar a casa después de haber estado con sus amigos, se sorprendió porque no recibía los regaños de su querida madrecita. Solo alcanzó a ver a lo lejos a su padre, que casi nunca llegaba temprano a casa. En ese momento corrieron por la mente de Jaimito muchas cosas que lo intrigaban; estaba confundido. Solo preguntaba:

—¿Dónde está mi mamá? ¿Alguien me puede decir, por favor? Quiero ver a mi mamá.

Angustiado, a la entrada de la puerta de su habitación encontró a su abuelita llorando desconsoladamente. La mamá de Jaimito había muerto de un infarto al corazón.

Nadie lo pudo detener: Jaimito entró corriendo al cuarto de su querida madre, todo polvoriento, y la abrazó desesperadamente, le suplicó que no lo dejara solo, pero era inútil.

Pasó mucho tiempo para que Jaimito superara la terrible pérdida. Ya no quería jugar, solo se quedaba en casa. Los amigos lo iban a buscar pero no podían sacarlo de su estado.

Luego de un tiempo, el papá encontró un trabajo más cerca de la casa y empezó a ganarse la confianza de su hijo. Poco a poco se fueron entendiendo, y dialogaban incansablemente.

Como se sabía que Jaimito jugaba muy bien al fútbol, un día llegó un señor de edad avanzada que le propuso que entrenara en un equipo de categoría A, con todos los gastos pagados. Jaimito, muy emocionado, aceptó.

Junto a su padre empezaron su nueva vida. Poco a poco se fue adaptando, comenzó a jugar y se ganó la confianza del técnico por el esfuerzo y el liderazgo demostrados en la cancha.

—Gracias, madrecita, por cuidarme y bendecirme, nunca te defraudaré —dijo con lágrimas en los ojos cuando lo nombraron capitán de su equipo—. Siempre estarás en lo más profundo de mi corazón.

MILENA NAHOMI VILLACÍS
nació en Babahoyo, Los Ríos, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal María Piedad Castillo de Levi. Su actividad favorita es escuchar música.

La llegada más esperada

Hace aproximadamente siete años tuve esa sensación tan linda de volver a ver a alguien después de mucho tiempo, con el aliciente de que, en mi caso, esa persona era mi mamá.

No la había visto durante cinco años. Se había ido cuando yo tenía tres, así que no me acordaba mucho de ella. Incluso cuando la vi, no la reconocí: me sentía extraña en su compañía. Yo tenía en mente que era mi mamá, pero no sé qué me dio.



Después, cuando los días pasaron, me fui acercando, no me quería separar de ella, tenía miedo de que se me volviera a ir, no soportaba quedarme sin mamá otra vez. Aunque siempre había vivido con mis abuelos y mis tíos y ellos me daban todo su amor, ¡no era lo mismo que el amor de mis padres!

Ya tenía a mi mamá, ahora solo me faltaba mi papá. Para ser sincera, a esa edad ya había perdido las esperanzas de que ellos dos volvieran, ya que mi mamá tenía otra pareja, la cual me caía bien hasta que decidió irse. Entonces, mi mamá se puso muy mal y yo también me puse muy mal por ella.

Una mañana me preguntó si la quería acompañar en su viaje. Yo le respondí que sí, porque no quería que nos separáramos. En ese momento no pensé en mis abuelos ni en mis tíos. Lo sé, fue egoísta de mi parte, pero era una niña y lo único que quería era estar con mi mamá, así que alistamos maletas. Hubo una fuerte

discusión entre mi abuelo y ella y ahí me llegué a enterar de una cosa muy decepcionante, pero no me importó y me fui con mi mamá. Ella, detrás de su pareja. ¿Y yo? Detrás de ella.

Nos fuimos a la Sierra. Ahí toda mi niñez se arruinó, pues sufrí mucho. Extrañaba a mis abuelos y a mis tíos, pero no decía nada porque no quería separarme de mi mamá. Había días lindos y otros simplemente horribles, ya que vivíamos con la familia de la pareja de mi mamá, y eran personas insoportables.

Pasaron algunos meses. Una vez mi abuela me fue a visitar y vio que yo estaba muy mal, así que me preguntó si quería regresar con ella. Yo le dije que sí porque ya no aguantaba. Mi mamá se puso muy molesta conmigo y me dijo cosas muy feas. Ahora veo que fui ingenua por alejarme de las personas que habían estado allí en mis tristezas y alegrías, y por irme con alguien que solo estuvo conmigo con una cámara de por medio y prefirió ir detrás de un hombre en vez de quedarse conmigo.

Hasta ahora sigo sin vivir con mi mamá. Me dice que vuelva con ella, pero tengo miedo de que mi juventud también se arruine.

JUAN SEBASTIÁN NARANJO
nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Guaranda. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Dios, vida y amor

Esta historia empieza el 31 de agosto del 2001, en el Hospital de la Maternidad Isidro Ayora, aproximadamente a las 15h00. Nací con apenas seis meses y hubo varias complicaciones, empezando por nacer formado de un fibroma poliposo.

Fui un niño prematuro extremo, recibí tratamiento desde que nací. Mis padres nunca se imaginaron que iban a tener un bebé: mi madre necesitaba una operación para retirar los fibromas de un parto anterior y tomaba anticonceptivos, pero cuando le practicaron la cirugía, me encontraron dentro del fibroma. Al recuperarse de

la anestesia y enterarse de que tenía un bebé en una incubadora, pensó que le estaban jugando una broma pesada. Después de varios días de control y atención médica, los doctores les dijeron a mis padres que me podían llevar a casa. Mi madre renunció a su trabajo y se quedó cuidándome; gracias a ella seguí creciendo.

Cuando tenía un año de edad tuve convulsiones y tras varios exámenes detectaron que tenía en el cerebro tres malformaciones congénitas que me hacían propenso a seguir sufriéndolas. Mis padres, muy preocupados, decidieron continuar con tratamientos y controles constantes en una clínica privada. Yo convulsionaba más seguido y mis padres tenían miedo de perderme. El último diagnóstico del doctor fue que mi crecimiento seguiría siendo normal hasta los doce años de edad, cuando mi mente sufriría varios cambios, empezando por ir perdiendo poco a poco la memoria. Mi capacidad intelectual, además, seguiría bajando hasta llegar a un estado de no poder recordar ni entender nada de lo que me dijeran.

Las convulsiones se presentaron tres veces más, pero logré salir adelante gracias al amor de mis padres. Seguí creciendo como un niño normal, aunque llegué a los tres años y aún no podía caminar. Después de varios esfuerzos, mis padres pidieron consejo a una gran amiga, quien les recomendó que compraran una mascota que ayudara a despertar mi curiosidad, y así tal vez empezaría a caminar. De esta manera tuve a mi primera perrita, que me acompañó hasta mis doce años.

Poco después me convertí en un niño muy activo, me encantaba jugar. Lamentablemente, el trabajo de mi madre era agotador y ocupaba gran parte de su tiempo; por ello, mis abuelitos se ofrecieron a cuidarme y yo acepté irme a vivir a su casa. Cambié de domicilio a San Miguel, pero mis padres me visitaban todos los martes, jueves y domingos.



Al llegar a los cinco años de edad, debí soportar una etapa muy dolorosa, ya que mi abuelito falleció debido a un infarto. Aquel día estábamos en casa solo él, mi hermano mayor y yo, puesto que mi abuelita era maestra en el colegio Simón Bolívar de la ciudad de Guaranda y había ido a trabajar. Con mi hermano hicimos todo lo posible por ayudar a mi abuelito, pero fue en vano. Lo llevaron al hospital y yo me quedé esperando a que llegara mi madre.

Después de esa etapa entré a la escuela, pero mi capacidad de aprendizaje no era buena; sin embargo, mis padres me motivaron a estudiar y a salir adelante. A los ocho años de edad tuve mi cuarta convulsión. Me estabilizaron y el doctor tratante se sorprendió al verme. Entonces les confesó a mis padres la razón por la que me había dado el alta cuando era niño: creía que no era posible que viviera. Acto seguido, felicitó a mis padres por el excelente trabajo que habían hecho y por cuidarme tanto como para lograr preservar mi vida.

Después cambiamos de médico tratante. El nuevo doctor era más exigente y me hacía revisiones cada mes. Esto era muy agotador para un niño de mi edad, así que decidí abandonarlo y dejar que Dios decidiera mi futuro.

Siguieron pasando los años y yo continuaba creciendo. Cuando tenía doce años fui operado, pero para poder conseguir el permiso del doctor debía hacerme un último examen. Acepté. Ahora tengo dieciséis años de edad. Gracias a Dios y a mis padres, soy un joven común y corriente.




EDUARDO ALEXANDER GAHONA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fray Vicente Solano.

Cerca de la muerte

Nací en Cuenca el 12 de diciembre del año 2000, y soy el primero de dos hermanos. Tuve una gran infancia, aunque cuando tenía nueve años, al bajar de un cerro, me comenzó a doler todo el cuerpo. Era un día sábado y debía ir a catecismo, pero no pude porque no tenía fuerza alguna. Entonces mi madre, muy preocupada porque me comenzó a dar fiebre y me dolían las articulaciones, me puso compresas de agua tibia, sin resultados positivos.

A la madrugada tuvo que llamar a un señor que hacía carreras a la parroquia para que nos llevara. Llegamos al consultorio y la

doctora Wilma Espinoza dijo que me había dado una congestión pulmonar; entonces, me mandó medicación, pero tampoco hacía efecto. Pasaron tres días y mi salud seguía empeorando, así que debimos salir a Paute. Allí me realizaron una radiografía de tórax: mis pulmones estaban limpios; entonces, simplemente me dijeron que me bañara en agua fría para que me bajara la fiebre.

Después de esto regresamos a casa, pero sin dejar de lado la preocupación, ya que no sabíamos la razón de las alzas térmicas que me daban. Debido a esto, mis padres tomaron la decisión de traerme hasta Cuenca para hacerme atender en la Fundación Hogar; allí me dijeron que estaba muy grave, aunque no me dieron un diagnóstico exacto.

Por ello, me llevaron a la Clínica Paucarbamba, donde me atendió el doctor René Aguirre. Al ver la placa de rayos X que me había realizado en Paute, me diagnosticó una neumonía y me mandó un tratamiento de siete días con el cual mejoré considerablemente. Regresamos a la semana y me dijo que estaba en óptimas condiciones para llevar una vida normal, razón suficiente para que mi madre estuviera muy contenta.

Nos disponíamos a regresar a casa, pero a la medianoche recaí. Entonces mis padres me llevaron donde un médico naturista del cantón Sígsig. Allí me hicieron una limpia y me dijeron que estaba ojeado y asustado. Sin embargo, como no sentía mejoría, optaron por llevarme al pediatra que me solía atender. Este me puso una inyección que dio buenos resultados, pues me quitó el dolor, pero nuevamente me dio fiebre, por lo que tuvimos que volver al día siguiente.

En la consulta me mandó al Hospital Vicente Corral Moscoso a hacerme varios análisis muy costosos. Allí me internaron inmediatamente y me realizaron lo pertinente, pero seguían sin conseguir resultados. Luego de redirigirme al Hospital Monte Sinaí, un grupo de médicos me diagnosticó artritis reumatoide juvenil.



Seguí el tratamiento propuesto, pero continuaba empeorando. Dejé de comer por un mes, así que comencé a bajar de peso.

El 31 de diciembre del 2009 me visitó el pediatra Arturo Monsalve, quien descartó la posibilidad de la artritis y recomendó que me realizaran urgentemente un mielograma. Después de treinta minutos me dieron la mala noticia de que tenía leucemia. Mi madre se puso a llorar y yo la acompañé, aun sin saber que era algo tan grave. Además, tuve que internarme de inmediato para comenzar a recibir el tratamiento.

El 4 de enero fui transferido a Solca, donde nuevamente me realizaron exámenes de todo tipo y me dijeron que tenía un 70% de células cancerígenas en mi cuerpo. Además, estaban afectando a mi cerebro, así que me tuvieron que internar en una habitación aislada a la que solo podían entrar mis padres y médicos. Después de quince días, el examen de células cancerígenas salió negativo.

En el 2011 fui a cuidados intensivos debido a una complicación en los pulmones, y estuve ahí durante una semana, inconsciente. Esa fue la etapa más dura para mis familiares, porque estaba más cerca de la muerte que de ellos. Algunos dijeron a mis padres que ya me desconectaran, pero ellos no se dieron por vencidos y logré salir de aquella prueba. Mi madre hizo una promesa a la Virgen del Cisne que consistía en que, si me curaba, iríamos todos los años a visitarla y a rezarle con mucha fe.

Recibí tratamiento durante cuatro años y medio, y a pesar de todo fui muy feliz, pues conocí a personas muy buenas, como los doctores y niños, que se hicieron mis amigos. Algunos no lograron llegar a la meta; se quedaron en medio camino, pero sin dejar de luchar contra el cáncer.

Durante todo este tiempo no dejé de estudiar y no perdí ningún año. He llegado a ser el portaestandarte de la ciudad y espero seguir superándome.

MILENA LISBETH BRITO
nació en Pasaje, El Oro, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Doctor José Ochoa León. Sus actividades favoritas son leer y escribir reseñas.

Mi abuelo, mi mejor amigo

Nuestra historia se desarrolla en la fría ciudad de Cuenca. Ya habían pasado dos años del fallecimiento de mi abuela, pero mi abuelo jamás la olvidó. Todas las noches lloraba, y nunca más volvió a sonreír. Mi relación con él hasta entonces no era muy buena, pues faltaba confianza. No era el típico amor de abuelo y nieta.

Él se había quedado solo y los únicos familiares que tenía en esta ciudad éramos nosotros; por consiguiente, mi mamá le

propuso que viniera a vivir en nuestra casa. Mi abuelo no tuvo más remedio que aceptar, ya que mis tías estaban en el extranjero.

Los días pasaban y también las noches en vela. La depresión de mi abuelo seguía aumentando. Mamá me decía que debía comprenderlo, porque después de todo había estado junto a la abuela más de 50 años. Ella había sido su pilar fundamental, su esposa, su amiga, su todo, y perderla así de un rato al otro por una enfermedad tan cruel no fue justo para él.

Un día me armé de valor y decidí enfrentarlo. Sabía que, si yo no hablaba con él, nadie lo iba a hacer.

—¿No piensas que ella está en un lugar mejor y que tal vez no quiere verte así? —le pregunté mientras me sentaba junto a él en aquel sofá donde tantas noches lloraba.

Mi abuelo me miró y dijo:

—No pienso, yo creo. Tu abuela fue una mujer excelente, fuerte, luchadora, sincera. Era todo lo que yo podía desear. —Se veía claramente que sus ojos se iluminaban como dos estrellas radiantes en el cielo al hablar de ella.

Seguimos conversando hasta que mi abuelo me contó algo que me dejó impactada:

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a tu abuela, sobre todo tu fuerza de voluntad. Eres casi como ella. —Yo reí por ese lindo comentario.

Los días pasaron y poco a poco nuestra relación fue cambiando. Ahora ya no era solo mi abuelo, también era mi amigo, y de vez en cuando lo llamaba Emi, abreviatura de Emiliano.

—¿Sabes, Mili? —así me decía él; era la abreviatura de Militsa—. Creo que cuando tu abuela se fue supo que iba a dejar a un ángel conmigo y te dejó a ti. Sin duda eres lo más lindo que me ha pasado.



Ambos nos unimos en un fuerte abrazo y sin ninguna vergüenza le dije:

—Te amo, abuelito, gracias por estar conmigo.

Pero en toda historia existe un momento triste: el nuestro fue cuando a mi abuelo le detectaron cáncer en la ingle. Cuando hablo de aquello siento como si las lágrimas oprimieran mi pecho. Aquel momento fue el dolor más grande que tuvo mi corazón; mi abuelo, mi mejor amigo, padecía una enfermedad que lastimosamente no tenía cura. Recuerdo que, tras una operación, los doctores le dijeron que el cáncer seguía avanzando y que faltaba poco para el momento más doloroso.

Antes de morir perdió la voz y el hambre. Yo sentí cómo el mundo se me vino abajo, no quería saber de nada, mi abuelo tenía sus días contados. El día de su fallecimiento yo estaba junto a él; casi toda su familia vino a verlo sin esperar ese suceso. Era de

noche y sus manos empezaron a perder el color, estaban frías. Los latidos de su corazón se iban apagando poco a poco. Sabíamos que era el momento; por consiguiente, cada uno empezó a despedirse.

Cuando llegó mi momento, lo tomé de la mano, le dediqué una última sonrisa y empecé a hablar:

—Emi, eres lo más lindo que Dios me dio, el mejor amigo que jamás podré reemplazar, el único que aprendió a amarme, el que jamás me juzgó. Es por eso que te amo. Gracias, mi pequeño mejor amigo.

Pasaron dos horas aproximadamente y mi abuelo cerró sus ojos para siempre. Al principio dolió mucho, pero la hermosa sonrisa que me dedicó al final me hizo entender que él siempre iba a estar conmigo, que iba a ser mi ángel.




JEANNETH PAQUITA SALVADOR
nació en Guayaquil, Guayas, en 1960.Trabaja en la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Sus actividades favoritas son leer y compartir.

Vivencias de una profesional y madre de una hija con discapacidad

Mi vivencia como profesional y madre de una niña con discapacidad fue bastante dura pero gratificante a la vez, por todo lo que aprendí gracias a ella. A veces no comprendemos por qué ocurren las cosas y cuestionamos todo, incluso a Dios; sin embargo,

después de todo, lo importante es que sirve para enriquecernos como personas. Mi camino resultó difícil, pero nunca es imposible, cuando se lucha, vencer obstáculos, vicisitudes y amenazas; eso al final nos hace fuertes y victoriosos.

Las expectativas que se generan en una mujer a la espera de su primer hijo son tan grandes, que al presentarse dificultades inesperadas se desconcierta: ¿qué hacer?, ¿qué rumbo tomar? Creo que nadie está preparado para eso; peor aún, cuando la pareja no asume con responsabilidad su rol y deja todo en manos de la mujer.

Tener un hijo especial en casa crea una gran preocupación; sin embargo, permite afianzar aún más la unión familiar, reconsiderar la actitud frente a la vida. Actuar a tiempo, brindar una mejor calidad de vida con amor y cuidado, es imprescindible para lograr buenos resultados pese a cualquier pronóstico médico: a mi hija le dieron apenas quince días y logró vivir nueve años y nueve meses. La fe y el amor de Dios obran milagros.

Mi hija nació en 1998, cuando yo tenía 38 años. Presentó dos síndromes, Aicardi y West, uno más severo que el otro, con muy poca probabilidad de vida y diagnóstico irreversible. Fue un caso muy complejo, con síntomas y signos alarmantes: nació prematuramente (38 semanas), de parto seco por cesárea, con bajo peso y microcefalia.

Cuando me la llevaron para amamantarla me sorprendí al ver que mi hija tenía apenas un dedo de frente y la parte posterior de la cabeza con la misma forma que la punta del huevo. Internamente me preguntaba qué había pasado y por qué, pero no encontraba respuesta. A pesar de ello, no podía rechazarla, pues era mi hija. Solo Dios sabía por qué lo había permitido.

A raíz de ello mi vida cambió, y la prioricé completamente: comencé a buscar espacios, información y profesionales que



me orientaran y ayudaran. Unas veces corrí con suerte y otras encontré mucha dureza e insensibilidad, sobre todo al momento de dar diagnósticos. Cabe indicar que fue necesaria la consulta de un equipo multidisciplinario de especialistas: pediatras, neurólogos, otorrinolaringólogos, oftalmólogos, quiroprácticos, cardiólogos, genetistas, etc., que recomendaron y sugirieron ciertos tratamientos paliativos ante la fragilidad del aparato respiratorio, los constantes resfríos, los estados febriles, las convulsiones frecuentes progresivas y dolorosas, la dificultad para sostener la cabeza…

Mi hija fue atendida apropiadamente a partir de los tres meses de edad, pese al elevado costo que me tocó asumir. La incluí en la Escuela Municipal de Ciegos 4 de Enero, que le abrió sus puertas desde los tres a los seis años de edad, y me sentí satisfecha por los resultados alcanzados. Tenía la percepción muy desarrollada:

reaccionaba a toda clase de estímulos; reconocía a personas por el tacto, el olor, la visión y la voz; atendía a los ruidos de animales, juguetes e incluso discusiones. Además, respondía con balbuceos cuando le hablaban personalmente o por teléfono y distinguía su nombre. Mejoró la posición de la cabeza, jugaba con sus dedos y manos, y sostenía objetos por cierto tiempo.

Debo reconocer que tener un hijo especial produce impactos de toda índole: personales, familiares, profesionales, sociales, económicos y espirituales. Es posible superarlos siendo básicamente resilientes, con fuerza y actitud positiva para luchar y avanzar a pesar de las adversidades. Ahí es donde verdaderamente se mide la grandeza de un ser humano.

Finalmente, mi niña creció muy hermosa, hasta que por la fragilidad del aparato broncorrespiratorio falleció en 2008, después de cuatro paros cardíacos que no resistió. Me dejó un dolor y un vacío profundos, pero la gran satisfacción del deber cumplido, de haber hecho todo cuanto estuvo a mi alcance. Tuve el apoyo invalorable de mi familia, así como la convicción de que nunca estuve sola, ya que Dios siempre estuvo a mi lado.

TANIA CECILIA VASCO nació en Pacto, Pichincha, en 1990. Actualmente es estudiante a distancia. Su hijo Jostin Kenner Quinte estudia en la Escuela de Educación Básica José Julián Andrade.

Nunca te duermas

En Santa Rosa de Pacto la gente casi no duerme, se levanta temprano a trabajar los campos. Nunca estamos sin hacer nada, porque nos puede pasar lo que a mi gato.

Aquí las arañas abundan. No es de extrañarse el temor que nos dan; las grandotas, por supuesto, pues a las chiquitas se las deja que caminen libremente por manos y pies, hasta masajes parece que dan.

Una vez, mi hijo, cuando aún era tierno, me dijo:

—Mamá, una araña está encima de Picachú.



Así se llamaba el gato, muy lindo, por cierto. Como estaba de moda esa serie de televisión, mis hijos decidieron bautizarlo así, con ese nombre horrible.

—Deja nomás —repuse, tranquila.

—Pero es una arañota —dijo mi hijo, asustado, y me mostró con su mano abierta su supuesto tamaño.

—¡Qué exagerado eres! ¿Tan grandota que va a ser? —dije aproximándome a Picachú, quien dormía plácidamente al sol.

Llegué donde el ocioso gato.

—¿Ves? No hay nada —dije, señalándolo con mi mano.

Ante tal extrañeza, mi pequeño rodeó al animal para verlo bien, y entonces pegó el grito.

—¡Mira, mamá, ahí está, ahí está! ¡Te lo dije! —Y corrió a un lado entre saltos.

Me fijé donde él había mirado y descubrí una tarántula enorme —en verdad era casi del porte de la palma de mi hijo— descansando encima del tonto gato, que no se percataba. Recuerdo que solté muchísimas malas palabras con el ánimo de despertar al animal.

—¡Te va a matar, Picachú! ¡Despierta!

Pero seguía bien ruco.

—Dale con el palo, mamá —dijo mi niño, saltando de los nervios.

—No seas bobo, puedo matar al gato. Pásame agua.

Me trajo un poquito.

—Esta pendejada que me traes. ¡Quita, yo misma voy!

Fui hasta al tanque, llené con agua un gran balde y me acerqué donde estaban el bobo de Picachú y su araña —par de vagos durmiendo—. Al lanzarles el agua, era de que vieran cómo corría el infeliz.

Al regresar horas más tarde, seguía mojado, pero sin la tarántula. Que le sirva de escarmiento: si te duermes, te caen las arañas.

DYLAN ANDRÉS GUEVARA
nació en San Gabriel, Carchi, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa José Julián Andrade. Su actividad favorita es armar el cubo de Rubik.

El monigote del espanto

Wilson Medina, más conocido como "El siete oficios" debido a su gran desempeño en áreas como cocina, radiotecnia, elaboración de artilugios, sastrería, carpintería, negocios, emprendimiento y música, entre muchas más, era integrante del grupo social, deportivo y cultural Los Buitres. Cabe recalcar que lo que tenía de inteligente lo tenía de bandido.



Un día de ocio, se decidió a jugarle una broma a su hermano Luis, quien acostumbraba beber con frecuencia: elaboró un monigote de dos metros de altura con un mecanismo de alambres que, en el momento en que alguien abría la puerta de la casa, hacía que el muñeco cayera a sus pies.

Luis llegó de madrugada a la vivienda y, cuando quiso dar un paso al interior, la sangre se le bajó a los talones, los ojos se le torcieron y la boca se le secó en un instante de supremo espanto. Con un golpe seco cayó del cielo raso el macabro monigote, moviendo enloquecido brazos y piernas, y produciendo un sonido constante de maracas.

Cuando recuperó la voz, pidió auxilio a su madre y hermanas. Con el vaso de agua que le ofrecieron se fue tranquilizando poco a poco, aunque en su pecho crecía una ira incontenible contra su hermano, que a punto había estado de matarlo de un infarto.

Por un buen tiempo no cruzó palabra con él, y tuvo frecuentes pesadillas con monigotes que le salían al paso en cada espacio del sueño. De igual forma, a consecuencia del susto también dejó de tomar alcohol, pero cuando volvió a las andadas tenía muchísimo cuidado cuando llegaba de madrugada a su casa: “No vaya a ser que otro monigote infeliz me esté esperando agazapado detrás de la puerta”, se decía.




WILSON ALEXANDER ALQUINGA
nació en El Chaco, Napo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Chaco. Su actividad favorita es practicar ecuavóley.

Anécdotas de mi abuelito

Mi abuelito, José Amable Alquinga Ango, nació en la parroquia Alangasí, cantón Quito, provincia de Pichincha, procedente de una familia muy humilde dedicada a las labores del campo. Realizaban actividades agrícolas y cuidaban el ganado vacuno, ovejuno y caballar de los grandes terratenientes españoles; lo hacían casi en calidad de esclavos.



A mi abuelito le gustaba cuidar el ganado bravo así como a otros les gustaba cultivar la tierra. Se dedicó a aquel trabajo hasta los dieciocho años, pues en 1949, el Gobierno dividió la hacienda en huasipungos que entregó a los antiguos sirvientes.

De esta manera, mi abuelito tomó la decisión de acompañar a su tío y llegar hasta la parroquia de Borja, en Quijos. Desde Pifo iban caminando en busca de tierras para cultivar la naranjilla, que en aquel entonces era conocida como "la pepa de oro", por ser un producto muy apetecible.

Una vez que encontraron las tierras, cultivaron las naranjillas y las pusieron a la venta —después de tres días en mula hasta la laguna de Papallacta—. Con aquellos ingresos, mi abuelito regresó a su pueblo natal para contraer matrimonio. La pareja mantuvo a ocho hijos, de los cuales mi padre, Wilson Amable, fue el cuarto.

Cuenta mi abuelito que su *hobby* era cabalgar y realizar rodeos en el páramo con ganado bravo; lo hacía en las fiestas, especialmente en la Sierra, y luego también en el Oriente. Por tal razón, en estos últimos años formó legalmente el grupo de chagras, en su mayor parte compuesto por sus hijos y nietos, conocido como los Chacareros de Sardinas. Así, a mi querido abuelito en la actualidad lo conocen como el chagra más antiguo de la zona: cabalga a los mejores caballos a sus 86 años.




BYRON STALIN GUAÑA
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Padre Antonio Bresciani.

Sin sacrificio no hay victoria

Desde que tengo conocimiento salí a trabajar. Mi madre cocinaba en una hacienda; se sacrificaba mucho. De mi padre solo sé que llegaba borracho y les pegaba a mis hermanos. Muchas veces nos echaba de la casa y yo, sin saber qué hacer, lloraba y corría a esconderme detrás de los muebles. En esos momentos deseaba ya ser grande para poder defender a mi madre de sus maltratos.



A veces, cuando podía escapar, corría en busca de los vecinos para que nos ayudaran. Otras, mi madre nos llevaba con ella al trabajo para alejarnos de aquel hombre.

A los seis años hui de casa. Entonces entendí el amor que tenía mi madre hacia nosotros. Esos años fueron de aventura porque viví en un ambiente alejado de los demás. Cuando terminé la escuela sentí un gran orgullo, porque en mi mente estaba que tenía que ser grande para poder ayudar a mi madre; solamente contaba con su apoyo.

Así pasaron los años y salí en busca de trabajo. Logré encontrar uno pero no duró mucho, porque de un momento a otro me pidieron el título de bachiller y, como no lo tenía, me despidieron.

Tuve que regresar a casa y pensar cómo hacer para poder estudiar. Al principio lo tomé con calma, pero durante algún tiempo me dejé llevar por malos amigos que me introdujeron a

la droga. Sin embargo, gracias a Dios pude salir de eso: en aquel momento encontré un colegio que me dio una oportunidad.

En todo este tiempo mi sueño ha sido salir adelante, ayudar a mi familia, darle lo que mi padre nunca le dio, sobresalir y ser mejor que él.




JOSUÉ ALEXANDER ESPINOZA
estudia en segundo año de Bachillerato en Sucre, San Vicente, Manabí.

Perdiste la oportunidad

Henri Albán estaba por terminar sus estudios; era el mejor de su clase, con notas sobresalientes. Sin embargo, había algo que inquietaba a este chico de quince años: no tener ningún amigo a su lado, ya que por sus calificaciones sufría maltrato de parte de sus compañeros, que no lo dejaban en paz.

Cuando estaba en primaria volvía feliz de la escuela, pero en secundaria todo cambió, tanto en el colegio como en el hogar. Al

llegar a casa la atención y el cariño no eran como antes, porque no hacía mucho había llegado un bebé a sus vidas. Esto hizo que Henri se deprimiera: no quería saber de nada ni de nadie.

Un día que volvía a su casa se encontró con un hombre que le ofreció “la gran solución” para el mal que padecía. Sabía que Henri estaba abatido, y que era fácil que cayera en la tentación. Así, el joven aceptó lo que el tipo le vendía, que era nada más y nada menos que droga.

Aunque al inicio se sentía incómodo, a la larga este cambio hizo que sus compañeros de clase hicieran amistad con él. Después de algún tiempo, sin embargo, sus amigos se alejaron, sus notas comenzaron a decaer y hasta perdió el año.

Cuando sus padres se enteraron, intentaron hablar con él sobre el tema, pero ya se había convertido en un adicto. Escapó de su casa pensando que así se resolverían las cosas, pero no: incluso robó a su familia para poder seguir consumiendo. Ahora temía a las luces rojas y azules, distintivas de la Policía.

Finalmente lo encontraron y lo encerraron por varios años, pues había asaltado y hasta asesinado para continuar con su vicio. En su celda tuvo mucho tiempo para reflexionar. Lloraba largamente recordando que lo tenía todo y que por un error había aceptado las drogas en su vida. Además, había perdido la gran oportunidad de cambiar, ayudado por su familia.

Henri pasó veinticinco años en la cárcel, hasta que salió por buen comportamiento. Una vez fuera, sintió que lo invadía una alegría similar a la de un niño que en Navidad encuentra bajo el árbol el regalo esperado. Inmediatamente recordó a sus padres y tuvo el deseo de solucionar los problemas que había causado. Caminó hacia su casa con una sonrisa que le copaba todo su rostro, pero al llegar observó que allí vivía otra familia. Cuando le comentaron que la suya se había mudado, una lágrima rodó por su mejilla. Dando gracias, se retiró llorando.



Henri intentaba mejorar, pero no lo lograba: cada vez que pretendía hacer algo bueno para redimir sus pecados, si no salía golpeado salía insultado por los demás, ya que los amigos que tenía ya no estaban, o le cerraban las puertas de sus casas. Le tocó dormir en un parque, pero los guardias lo echaban. Incluso llegó a dormir entre cartones debajo de un puente, alimentándose de ratas. Se puso a mendigar para poder comer y no consiguió más que burlas; las palabras que más lo afectaban eran: "Perdiste la oportunidad".

Así pasó dos años sobreviviendo y, cuando todo parecía perdido, un chico que se compadeció de él le regaló agua, comida y ropa nueva. Al ver esa luz de esperanza, a Henri le vino a la mente la idea de volver a su casa, de buscar nuevamente a sus padres. El joven que le había salvado la vida se despidió después de un tiempo porque tenía que seguir estudiando, y le obsequió trescientos dólares.

Henri viajó por un año y logró llegar a una nueva ciudad, pero desafortunadamente ya solo le quedaban diez dólares para seguir con su camino. Por suerte encontró nuevos amigos que se convirtieron en su familia.

Una mañana, cuando ya se le había terminado el dinero del joven, Henri caminaba por una calle desolada. Hacía dos días que no veía ni personas, ni casas, solo coches que pasaban; del hambre y el cansancio, cayó al suelo, inconsciente. Horas después se despertó en un apartamento. No sabía si llorar, gritar o reír: el chico que lo había ayudado anteriormente lo había encontrado. Le contó que ya había terminado sus estudios, que era un profesional, y estaba por dejar esa casa, pero antes iría al cementerio a visitar a sus padres, que habían fallecido defendiendo el honor de uno de sus hijos, asesinados por impactos de bala.

Henri, con lágrimas en los ojos, le contestó:

—Yo en cambio quisiera saber sobre mis padres, a los cuales después de tantos años no he visto, ya que por culpa de los vicios en los que me encontraba los perdí.

Henri y Wilson —ese era el nombre del joven— entablaron una conversación que duró horas y en la que se fueron conociendo cada vez más. Así, se convirtieron en mejores amigos; más que eso, parecían hermanos de distintas madres. Al poco tiempo, entre ambos comenzaron la búsqueda de la familia de Henri.

Por ocuparse en eso, Wilson se había olvidado de ir a visitar a sus propios padres, así que un día finalmente fue, acompañado por Henri. Camino al cementerio se encontraron con un hombre alto que se dirigía a una de las lápidas. Henri se fijó bien en su rostro y se dio cuenta de que era su hermano mayor, al que no veía mucho de joven, pues pasaba fuera por sus estudios a pesar de todo, lo reconoció.

Henri corrió y lo abrazó fuertemente, llorando y pidiéndole perdón por todo lo que le había hecho pasar. En esto, Wilson, sorprendido, les preguntó si se conocían, y Henri le respondió con lágrimas de emoción y una gran sonrisa que sí, que era su hermano. Wilson cayó de rodillas al suelo:

—¿Qué te pasa? —preguntó Henri.

Y el hombre alto respondió:

—¿No lo sabías? Ese chico de allí es nuestro hermano menor.

Henri no lo podía creer. En eso se le vino a la mente lo que Wilson le había dicho sobre sus padres y se le llenaron los ojos de lágrimas: se acababa de enterar que los padres que tanto había buscado ya no estaban. Cayó al suelo llorando desconsoladamente.

Cuando se levantó secándose las lágrimas, Henri miró al cielo y dijo:

—Gracias, Dios, por esta gran lección que me diste, y gracias por enviar a este ángel para que me ayudase en lo que necesitaba.




HÉCTOR ADRIÁN SALTOS
nació en Babahoyo, Los Ríos, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa San José. Su actividad favorita es cantar.

La decepción de la mujer que menos esperaba

La vida está acompañada de ilusiones y desilusiones. Está llena de sorpresas tanto buenas como malas, pero una de las peores es saber que la persona a la que se ama no es recíproca.

Mis padres se separaron cuando yo apenas tenía un año. En ese entonces era muy pequeño como para saber lo que en verdad



ocurría, pero a medida que transcurrió el tiempo fui conociendo mucho más a quienes me rodeaban.

Tras la separación, pasé a vivir con mi padre y su madre, es decir, mi abuelita. Recibía de ellos mucho amor, a pesar de que mi padre no me concedía lo que más quería en el mundo: una bici.

Mi madre me visitaba seguido y siempre con regalos. Un día, al salir de la escuela, me recibió en mi casa muy contenta, como siempre lo hacía. Esta vez me había traído un hermoso carro a control remoto. Cuando llegó el momento de despedirnos, sin embargo, me dijo al oído:

—¿Quieres venir conmigo? Si lo haces, yo tengo una bici en la casa para ti.

No sé si la razón del sí fue que al fin tendría mi bici o que así compartiría más tiempo con mi madre, pero acepté.

—Entonces mañana te recogeré cuando vayas a la escuela —me dijo—, pero mantén el secreto.

Al siguiente día iba a clases, acompañado de la que en ese entonces era mi mejor amiga, cuando de pronto escuché que me llamaban desde una casa. Era mi madre. Al verla, recordé lo pactado el día anterior y le dije a mi amiga que se adelantara. Ella insistió en esperarme, pero al final logré hacer que se fuera, aunque me mataba la angustia de haberle mentido.

Después de unas horas, yo ya no quería estar con mi madre, y encima tenía cargo de conciencia por haberle mentido a mi amiga. No quería alejarme de ella, que había estado conmigo en las buenas y en las malas, pero mi madre no quiso soltarme.

Entonces, todo comenzó de nuevo para mí. Al llegar a mi casa recibí la bici, aunque, la neta, no me gustó la situación: no podía salir a ningún lado más que al patio y, además, no tenía amigos. Después de un año, mi padrastro y mi mamá me regalaron un hermano al cual no podía acercarme; no sé por qué, pero no me dejaban verlo.

Entre los dos inventaron nuevas formas de castigo para cuando me portaba mal. De todas formas, mi padrastro siempre tenía algún pretexto para darme palizas que se convirtieron en mis comidas diarias, ya que, también por castigo —aunque no hiciera nada—, no recibía alimento en todo el día.

Cuando ellos salían a pasear, yo quedaba amarrado de pies a cabeza. De noche, dormía en la sala utilizando como cobija un abrigo viejo y como colchón, un pedazo de esponja. Así viví tres años y medio con mi madre, sin saber nada del mundo exterior.

Un día, a mi padrastro se le perdió dinero y me echaron la culpa, ya que yo siempre era el culpable de todo. Después de dos días de castigo me enviaron donde mi abuela materna, y finalmente de nuevo con mi abuela paterna.

Hoy, comencé nuevamente a estudiar. Vivo con mi abuela, la mujer que no me trajo a este mundo pero a la que en verdad admiro. Ella es a la vez mi madre y mi padre, ya que él no se encuentra presente, aunque me visita de vez en cuando.



RÓMULO EDMUNDO MOSCOSO
nació en Sígsig, Azuay, en 1969. Actualmente es concejal urbano-vicealcalde del cantón Sígsig. Su hijo Rómulo Edmundo Moscoso estudia en la Unidad Educativa Fiscomisional María Mazzarello.

Mi viaje a la Llacta

Lo recuerdo: la brisa de la mañana golpeaba el balcón de la casona de los abuelos; el gallo cantaba mientras se escuchaba en la habitación de Alberto e Isabel el avemaría, que impregnaba devoción y vida. "¿Qué cosas pasan aquí?", retumbaba en mi mente.

Había llegado de mi Gutún el día anterior. Vivía allí con mis tíos Luis Antonio y Justina. Corría detrás de las gallinas para ver si habían puesto los huevos en la *cusha*; el perro ladraba a los borregos que se comían la chacra mientras un chirote cantaba

en las faldas de Anacachi y la lluvia corría rumbo al pailón de la quebrada.

Nos íbamos para al pueblo, y yo debía dejar mis recuerdos inocentes de la chacra y el vaso de *mishqui*. ¿Por qué? No lo entendía. Llorando, partí con mi querida madre, Clara Luz —al escribir, una lágrima surca mis mejillas; ella voló al cielo e inspira mis palabras—. Me subió en el caballo moro, ese de ojos de fósforo que brillaban en la noche; me colocó sobre las dos alforjas de maíz y amarqué una botella de leche. El perro, llamado Como Vos, ladraba mi partida.

Llegamos a la casa de los abuelos. Allí estaba la habitación que ocupaba la familia; era pequeña. A mis tres años y tres meses no entendía casi nada. En la noche dormí en el cucho y me despertó el sonido de las aves que trinaban en el campo.

—¡A tomar café! Muévanse, guambras... ¡Geovanny, Eduardo, Edmundo! —se escuchaba en la cocina la voz de mi santa madre—. ¡Cuidado hagan bulla! Que no se levante la guagua.

Se refería a mi hermana María Elena. Una evocación triste turba mi mente. ¡Mi hermana de juego, mi compañera de travesuras! Murió a los cinco años, una tarde de domingo. Lo tengo tan presente.

“¡Un atropellamiento! ¡Una niña! ¡Sí, es una niña! ¡Parece que ha muerto! ¿Dónde?”, se escuchaba entre el tumulto de la gente.

Alguien decía que en la calle 16 de Abril. Mi madre corrió aturdida y escuché su llanto resquebrajado:

—¡No, mi hija no!

Un irresponsable al volante con aliento a licor segó su vida en los albores de su existencia.

Me incorporé al instante. Tomamos café y le dije a mami:

—Esta casa es demasiado chica. La del tío es grande y hay bastante espacio para jugar. ¡Me voy a Gutún!



¿Quién iba a creer mis palabras? ¡Nadie! Mientras jugaba en el patio, invadió mi mente la idea de regresar a jugar con los zambos. Les hacía de yunta con un palito y las pajas que cogía de la tía; ella tejía unos hermosos sombreros de toquilla a la luz de un candil.

Tengo presente ese día como memoria del corazón y suspiro a flor de labios. Yo vestía un pantalón corto color café con tirantes, una camiseta negra y mis botas “siete vidas”. Salí por la calle González Suárez rumbo a mi destino. Había caminado unos diez minutos y me encontré frente al puente de Jashaycay, que clama por su historia mientras el descuido es más fecundo en las páginas inertes del olvido. Estaba llorando, y lloraba porque tenía miedo.

Habrían trascurrido unos cinco minutos cuando una voz llamó mi atención:

—¿A dónde vas? ¿*Cuyhijito soys*?

Me di la vuelta. Era un señor alto, de piel tostada por el sol y manos de labriego de la madre tierra.

—Chiquito Saracay —respondí.

—¡Ah, hijo del Ángel Moscoso!

Mi voz temblaba, entrecortada:

—¡Voy a Gutún!

—¿Solito? Te van a morder los perros. Soy Salazar —me dijo—, llevo carga para mi tienda.

Me amarcó, me subió a uno de los caballos, me regaló caramelos y continuamos el viaje. Llegamos a la loma de los Cárdenas y me dijo:

—¡Quédate conmigo!

—¡No!

—Ve, mañana voy al pueblo y te llevo. —Pero mi respuesta volvió a ser no.

El señor, Neptalí, me indicó entonces el camino y me regaló una funda con algunos caramelos de esos que no tenían envoltura, pero sabían tan deliciosos como el néctar del penco hervido en la olla de barro.

Me despedí con una sonrisa de esas que dicen "gracias", o mejor dicho "Dios le pague". Tomé el camino antiguo hacia Tullupamba mientras la mañana cubría mi rostro con el sol veraniego. Un susto: en el camino había tres perros. Me senté a llorar con la timidez y el miedo de entonces. "¿Qué hago?", debía estar presente en mi mente. Lloré un buen rato hasta que alguien preguntó:

—¿Qué pasa, a dónde vas?

—A Gutún.

—¿Donde quién?

—Mi tío Luis.

La señora me ayudó a pasar y me dio un palo para que me defendiera el resto del camino.

El sol resplandecía sobre mi cabeza. Tenía hambre, debía ser cerca del mediodía. Estaba en la loma del Soto o de los Guzmanes, y desde allí se veía el camino a la quebrada de Vante. Un mirlo cantaba, volaba una torcaza, un perro latía y un borrego balaba sintiendo la presencia de un raposo en las faldas del Guavisay.

El sendero se me hizo familiar. Corrí un rato, tomé agua de la acequia y me senté a descansar bajo un frondoso árbol de capulí, propiedad de don Gerardo Zúñiga. Luego sentí fuerzas y arranqué rumbo a la loma de Tolapa. Ese sitio era familiar, estaba la tienda de don Antonino, donde mi tío me compraba caramelos los domingos, mientras él y sus amigos se tomaban un guanchacazo con agüita de ataco.

Hay otro sitio que no he olvidado, un lugar necesario para calmar el dolor de muelas. Recuerdo la fila de pacientes todos los días. Lo tengo presente porque, una noche de intenso dolor, aquella mujer, ícono de nuestras tierras en cuanto a medicina ancestral, me dio una ayuda milagrosa con clavo de olor, alcanfor, ruda, mejoral y demás remedios. Me debería sacar el sombrero de toquilla para perennizar a la señorita Cenaida Moscoso.

Después de la noche de dolor, al día siguiente viajé obligado donde don Antonino. Una odisea, aquel día: llegamos con mi tío y le contó la situación; él me invitó a tomar un abreboca, al menos un cuarto de trago que sacó del tapado con tuza. Después hizo que le mostrara la muela. ¿Saben lo que pasó luego? ¡Dios mío, llegó con una tenaza! Grité y corrí.

—¡No, por favor no!

Entonces, me ofrecieron diez sucres, un dineral para mí. Accedí y al final me sacaron la muela, sin anestesia y con tenaza, la misma que servía para herrar a los caballos.

Desde la loma divisaba muchos lugares: Collana, San Antonio de Jacarcar, Buena Vista, San Bartolomé... Un suspiro arrancó la inocencia de mis tres años y algo más. Sentí la brisa del campo en mis venas. Emprendí la carrera tratando de no caerme en la acequia, que sonaba cristalina y llegaba a la cocha de Tagshana.

Al fin en el camino, en el cruce de Vante, escuché la música que llega al corazón, la canción cuyo significado entendí luego, cuando crecí: "Viviré en el campo y en el campo triste...". Estaban celebrando en familia el onomástico de doña Liduvina.

—¿Con quién viniste? —fue la pregunta llena de temor.

—¡Solo! —respondí.

Al principio no lo creían, les sorprendía la odisea recorrida. Una buena comida y a descansar, mientras gritaban "¡Viva la santa!". Cantaba un pájaro copetón, volaba una perdiz en la distancia y la brisa de la tarde parecía el pilche de chicha del día de minga.

Me había quedado dormido. Algunos años después, mi madre me contó que pensaba que yo estaba jugando en algún lugar de la casa de los abuelos. Al no obtener respuesta, preguntó a todos los vecinos y familiares, sin resultado. Entonces le llegaron a la mente mis palabras: "Esta casa es demasiado chica. La del tío es grande y hay bastante espacio para jugar".

Enseguida emprendió el viaje en su caballo moro.

—¿A dónde va? —le preguntó una vecina.

—En busca de mi hijo. Es pequeñito y suquito.

—Sí, pasó de mañana por mi terreno.

Mi madre, con las intranquilidades a cuestas, llegó deprisa a la llacta. Mientras sonaba la música de la fiesta, mi tío le comentó que dormía. Al rato desperté y Clara Luz me habló:

—¡Mijo, no se hacen esas cosas! ¡Tanto susto que hemos pasado! —Luego me subió al caballo y regresamos a Sígsig.

Mientras nos alejábamos, mis ojos se cubrieron con lágrimas de tristeza. No comprendía por qué me llevaban, ¡no quería ir! Al voltear la vista vi el sendero de mi infancia que me despedía con la brisa fresca de las chilcas en el mes de mayo. Vestía un pantalón corto color café con tirantes, una camiseta negra y mis botas "siete vidas".

Los años vuelan como la brisa que baja del Huallil y descansa en las playas de Zhingate; el coqueteo de una casa patrimonial se conjuga en los hilos multicolores del complejo arqueológico de Chobshi; suena el río que baja desde el Ayllón mientras la serpiente de Shin Sham y el vuelo de las guacamayas nos recuerdan nuestros orígenes.

El tiempo pasa, indeleble. Mi historia se remonta a 1972, pero vive en mi mente y en mi corazón.




CARLOS MANUEL CAPA
nació en Machala, El Oro, en 1986. Trabaja en el Colegio de Bachillerato República del Perú. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Madre

Mi nombre es Mateo. Tengo 25 años y he terminado la universidad; ya soy un profesional, tengo un trabajo estable y recibo un buen salario. Vivo en un pequeño pero modesto departamento.

Apenas nació mi hermano menor, mi papá nos abandonó. Desde entonces, mi mamá nos sacó adelante a los dos. Luchó por hacerlo, aunque no de una forma en la que me sentía orgulloso, y

por eso no pude valorar del todo su esfuerzo ni los consejos que me quería dar.

Ella casi no pasaba en casa, ya que trabajaba doble jornada: era cocinera en dos restaurantes, y como en ese tiempo aún no había leyes que regularan los sueldos, apenas completaba el básico uniendo ambos. Mientras, yo debía cuidar a mi hermano, ocho años menor.

El tiempo que tenía libre lo pasaba junto a nosotros: nos llevaba a pasear, conversaba con nosotros y, aunque era muy estricta, se veía que nos quería educar bien. Entre semana llegaba muy tarde del trabajo. Muchas veces nos encontraba despiertos y dormíamos junto a ella, pero otras nos íbamos a dormir solos. Cuando esto sucedía, solía escuchar la puerta que se abría, unos pasos en la sala y ciertos susurros, lo que me daba mucho miedo. Lo único que hacía era arroparme con la colcha y abrazar a mi hermano hasta que me quedaba dormido.

Cuando nos levantábamos, ya sabíamos que mamá había cocinado algo para que desayunáramos. Yo dejaba a mi hermano donde una vecina que lo cuidaba por las mañanas y salía para la escuela.

Un día como muchos otros, nos acostamos a dormir. Mamá no había llegado. De pronto volví a escuchar aquellos sonidos, pero esta vez deseaba conocer su origen; no quería seguir sintiendo miedo. Me levanté de la cama y me dirigí a la sala. No podía ver mucho por la oscuridad, así que encendí las luces… Mis ojos no podían creer lo que estaban viendo: mi mamá estaba acostada en el mueble con un hombre, los dos semidesnudos. Se asustaron mucho. Yo cerré los ojos, entré corriendo al cuarto y me puse a llorar. No entendía lo que estaba pasando. Al otro día, ella quiso hablar conmigo pero no le presté mucha atención, y como tampoco era cariñosa ni expresiva, solo me dijo que necesitaba tener a alguien a su lado, que luego lo comprendería.



Al menos, después de aquello los sonidos cesaron por un tiempo. Sin embargo, otra noche que me acosté con dolor en el vientre —quizás me había hecho daño lo que merendé—, en la madrugada me entró la necesidad de ir al baño. Teníamos un pozo séptico en la parte de atrás de la casa, recubierto con plástico y una cortina. Al llegar allí recibí otro golpe: nuevamente mi mamá con un hombre, pero no el mismo. En ese momento no sabía qué era lo que más me dolía.

Entonces empezó un resentimiento en mí. No fue la última vez que vi aquel panorama, y luego comprendí lo que significaba. Así, me alejé de mi madre, casi no la veía, ni le hablaba, hasta que una vez llegó llorando a mí, se arrodilló y me pidió perdón por lo que había tenido que presenciar. Me prometió que nunca más volvería a pasar, pero, lleno de rencor, lo único que hice fue retirarme. Y así pasó el tiempo. Mi hermano menor era apegado a ella, pero

yo, aunque nunca me faltó alimento ni dinero, tenía el corazón endurecido.

En la universidad conocí a una chica y nos hicimos novios. Era madre soltera, y empecé a llevarla a casa. Sin embargo, todo se complicó cuando mi madre empezó a verle los defectos y a "aconsejarme" que no me convenía. Tuvimos muchas discusiones, y cada vez que la escuchaba recordaba que no tenía calidad moral para decirme nada.

—Me voy de la casa, ya no soporto más vivir aquí —le contesté un día—. Siempre es lo mismo, siempre tengo que escuchar tus sermones. Ya estoy grandecito y tú no eres nadie para hablarme de las cosas que me convienen. —Y cerré con tal fuerza la puerta que retumbó mis oídos.

Ese mismo día arrendé un cuarto y me fui de la casa. Pasaron seis meses sin tener ningún contacto con ella hasta que recibí una llamada telefónica:

—Me estoy comunicando desde la Clínica Traumatológica. Su mamá acaba de tener un accidente y me temo que por ahora su estado es crítico. Es necesario que se acerque a este centro de salud.

Llegué con una mezcla de sensaciones: temor, dolor, resentimiento… Mi hermano ya estaba ahí y me comentó lo que había sucedido. Mi mamá se había resbalado al bajar del bus, y se cayó de cabeza en el pavimento, lo que le había ocasionado un coágulo de sangre. Podía sufrir un derrame, así que necesitaban operarla inmediatamente.

Estuvo dos días en coma, y cuando despertó al tercer día notamos que todo había salido bien. Durante esas 48 horas que estuvo dormida pasaron muchas cosas por mi cabeza. Algo estaba cambiando en mí. A pesar de que aquella mujer me había causado mucho dolor, también había logrado sacarme adelante, y gracias

a su estabilidad económica pude terminar la universidad. Todo se lo debía a ella, pero mi resentimiento me había cegado. Al verla despertar, no sabía qué hacer, solo me limitaba a observarla en silencio mientras mi hermano la abrazaba.

De repente me miró y se puso a llorar. Tomé su mano y, apretándola suavemente, le dije que estuviera tranquila, que me sentía muy feliz de que se hubiera recuperado, y prometí volver con ella a casa, lo que cumplí apenas le dieron el alta. Sentía y tenía la necesidad de recuperar el tiempo perdido, así que en mis ratos libres iba a visitarla, aunque fuera para estar en silencio. No había muchas conversaciones ni muestras de cariño, pero de todas formas me sentía muy bien a su lado. La relación con mi novia terminó, ya que pasaba la mayor parte de mi tiempo con mi mamá.

El momento tenía que llegar y ocurrió en una noche mágica, en la que coincidimos en expresar todo lo que teníamos guardado. Nuevamente me pidió perdón y me abrazó; yo le dije que la había perdonado, que en mi corazón no había nada más que ternura y amor por ella, que le agradecía los sacrificios que había hecho por nosotros, que gracias a ella me había convertido en un hombre de bien, y que anhelaba tener una familia para que mis hijos pudieran sentirse a gusto con su abuela.

La noche parecía no tener final y por primera vez conocía cosas de su infancia y adolescencia que ignoraba. También me contó cómo conoció a mi papá, y me pidió que, así como la había perdonado a ella, lo perdonara también a él. Reímos, lloramos, nos abrazamos y nos dimos todo el cariño del que un hijo y una madre son capaces, hasta que llena de cansancio se quedó dormida en mis brazos.

Al día siguiente me levanté temprano, esperando adelantarme y llevarle el desayuno a la cama. Me dirigí al cuarto y aún dormía

plácidamente. Pero cuando me senté a su lado y toqué sus mejillas, el corazón casi se me sale del pecho. La respiración me faltaba y estuve a punto de desmayarme: estaba helada, no respiraba, su corazón ya no latía. La abracé y lloré hasta el cansancio. Mi madre había fallecido a causa de un derrame cerebral.

Ahora acabo de enterrarla, se me fue, ya no estará físicamente conmigo, pero la recordaré por siempre. Ni el mayor error que haya cometido es capaz de minimizar lo que llegué a comprenderla y amarla, ni hará que se borren sus enseñanzas y consejos. Madre solo hay una, y la mía ya no está conmigo.




GINA ELIZABETH ZAMBRANO
nació en Guayaquil, Guayas, en 1972. Trabaja en la Escuela Fiscal Remigio Crespo Toral. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

Mi angelito protector

Mi historia comienza desde mi concepción, que no ocurrió de la manera más apropiada. Mi madre, una jovencita de catorce años, se dejó llevar por los encantos de un hombre mucho mayor, quien poseía un buen nombre ante la sociedad: estaba casado y tenía dos hijas. Estuvo presente solo hasta el momento de mi nacimiento y luego desapareció. Mi madre, sin la más mínima experiencia para cuidarme, cometía muchos errores, y como

cualquier jovencita con las inquietudes de su edad, comenzó a salir con un señor —y digo “señor” porque también era mayor a ella— con un compromiso fallido y una hija. Se enamoró perdidamente de él y yo quedé en segundo plano.

Al observar esto, mi abuela materna, mi angelito protector, empezó a hacerse cargo de mí, que tenía pocas semanas de nacida. Fueron muchos los conflictos entre las dos, y mi madre finalmente decidió irse a vivir con aquel señor.

Mi abuela jamás quiso que yo viviera con un padrastro, y hoy por hoy se lo agradezco desde el fondo de mi alma. Fui creciendo y creyendo que mi abuelita era mi madre y que mis tías y mi madre real eran mis hermanas mayores. A medida que crecí, y por los comentarios que escuchaba, fui entendiendo bien el asunto.

Pero, en fin, me gustaba vivir con mi mami Paulita; ese era el nombre de mi abuela. Era una mujer muy buena que había enviudado muy joven y con ocho hijos, por los cuales luchó hasta que tomaron su camino.

Mis dos tías menores, mi mami Paulita y yo vivíamos en una casa muy humilde, pero rodeadas de tranquilidad y paz. Recuerdo que mi abuela hacía lo posible y lo imposible para que no nos faltara un pan en la mesa: cuando llegaba el fin de semana hacía empanadas de verde para vender —¡y qué ricas le quedaban!—, durante la semana lavaba ropa ajena de los vecinos, y además ayudaba a las personas enfermas, que se acercaban donde ella para que les recetara plantas medicinales; decían que lo hacía mejor que un doctor, y que solo le faltaba el título.

Así pasábamos los días. Mi abuela era una mujer muy sabia. Tengo en mi mente cada uno de sus consejos, así como aquellas historias que me contaba y que hacían volar mi imaginación.

Tengo muy presente una oportunidad en que me compró un vestidito que me gustó en una vitrina. Como no lo podía pagar al contado, lo iba haciendo en cuotas. ¡Cuánta felicidad cuando al fin se lo entregaron! Además, dejó apartado otro para irlo pagando de igual forma. Cuando tuve los dos, me sentí una princesa. Los cuidé mucho por el sacrificio que mi mami había hecho por mí.

Ella me enseñó a leer desde muy chiquita. En cualquier cartoncito que encontraba en la casa me ponía frases, y yo comencé a cogerle el gusto a la lectura, tanto así que, cuando entré a la escuela, no había libro que no leyera de corrido. Incluso la maestra, que era muy estricta, siempre me ponía de ejemplo para los otros niños.

Como no teníamos ni siquiera un televisor en casa, me pasaba el tiempo leyendo y creando historias; cuando era pequeña soñaba con ser una gran escritora. Gracias a mi dedicación me destaqué en la escuelita y llegué a alcanzar muchos honores, entre ellos el de ser abanderada.

Sin embargo, en mi vida sentía el vacío que habían dejado mis padres, y eso me hacía aislarme a ratos. Al ver a mis amiguitos con sus familias me sentía muy triste, y buscaba un lugar apartado para llorar.

El único que sabía de mis pesares era el adorable y maravilloso perro de mi infancia, al cual nunca he podido olvidar. Por eso amo a esos animales y algún día espero poder crear una fundación para aquellos que no tienen hogar.

La vida seguía y, cuando llegaban los tiempos de vacaciones, mi madre le decía a mi abuela que me dejara ir a pasar unos días en su casa. Mi mami Paulita aceptaba y yo iba ansiosa a buscar ese calor de familia, porque allí estaban mis medio hermanos y deseaba compartir con ellos. Sin embargo, las horas se me iban en cuidarlos, pues eran pequeños.

Me daba cuenta a mi corta edad que ellos vivían cómodamente, que no carecían de las cosas materiales ni de los alimentos que a mi mami se le hacía difícil conseguir. En cambio, había violencia intrafamiliar y alcohol, y era ahí cuando yo agradecía desde el fondo de mi corazón a mi angelito protector que no me hubiera dejado crecer en ese ambiente.

Mi abuelita me enseñó a ser humilde de corazón y a dar sin esperar nada a cambio; me enseñó a compartir, a quedarme muchas veces sin lo poco que tenía para hacer feliz a alguien más; me enseñó a rezar, a dar gracias a Dios por el pan de cada día y a valorar lo que se ha conseguido con esfuerzo. ¡Cuántas enseñanzas me dejó! Hoy por hoy puedo decir que no soy un ser humano perfecto, pero sí que trato de ser mejor cada día de mi vida.

Supe sobrellevar mi adolescencia, tiempo de conflictos internos, gracias a los consejos de la psicóloga de mi colegio, quien más tarde se convertiría en la madrina de bautizo de mi hijo mayor.

Más tarde me casé con el chico que mi abuelita había señalado como el mejor para mí, no por guapo ni porque tuviera dinero, sino porque ella veía que poseía los más lindos sentimientos. Nuevamente, no se equivocó. Hoy tengo tres hijos que son mi orgullo, y en mi hogar no hay violencia ni alcohol. La comunicación es lo más importante; ya llevo muchos años junto a mi esposo y somos el complemento perfecto. Me casé muy joven, pero siempre tratando de no cometer los mismos errores que mis padres, a quienes no juzgo sino que más bien perdono.

Puedo decir que con sacrificio obtuve mi licenciatura y hoy por hoy espero lograr mi título de abogada. Es a mi angelito protector a quien se lo dedicaré, a aquel ser que hoy ya no está con nosotros y cuyo primer aniversario de partida está a punto de cumplirse. A ella, a la que tanto debo y a quien me duele en el alma no tener más.

Fue triste ver cómo el Alzheimer la fue consumiendo. De aquella mujer sabia solo quedaban en nosotros las experiencias vividas y los momentos compartidos. Por suerte, en aquellos cinco minutos de lucidez que le venían de vez en cuando supe expresarle mi amor eterno. Yo sé cuánto me quiso y ella sabe cuánto la amé. Vive conmigo, porque un ser solo deja de existir cuando se lo olvida, y yo jamás la olvidaré.

Esta es mi historia y este tu homenaje.

Tus recuerdos y enseñanzas viven conmigo.

Espero que algún día te escapes del cielo y vengas a abrazarme.



MATILDE CARIDAD GRIJALVA
nació en Quito, Pichincha, en 1965. Trabaja en la Unidad Educativa María Angélica Idrobo. Su actividad favorita es escribir historias noveladas.

Voy a ver si llueve plata en El Ejido

Dicen que recordar es volver a vivir, seguramente es así. Viene a mi mente que, siendo una niña de apenas doce años, pude advertir la paciencia y la tranquilidad de mi abuelita cuando de apuros económicos se trataba. Efectivamente, con su imponente figura y viudez, vivió el eterno y férreo enfrentamiento de la vida. Pasados los años, sus hijos, a quienes con apremio y



cariño procuró encaminar por las sendas del bien, dieron sus frutos; y al fin pudo vivir sosegadamente en un departamento de estilo colonial del Barrio San Marcos.

Sus pequeñas ventanas con barrotes chureados hacían de su hogar un pequeño castillo. La puerta de madera del ingreso, hábilmente tallada y de majestuosa altitud, se dividía en dos puertas. Y qué decir del patio, con su inmenso árbol de toctes, que a la vez era todo un enigma; y lo digo porque daba la impresión de que, por más solo que uno se encontrara con él, no se sabía si estaba siendo observado por los inquilinos de los departamentos de alrededor. El piso de tablones anchos, algo tosco, daba a una escalera espiralada, que a la vez conectaba con su austero y agradable dormitorio. El teléfono negro, colgado en la pared, con su retumbante sonido llamaba la atención a cualquiera que se encontrara en el departamento.

Una tarde, estando yo de visita, muy animosa, mi abuelita se apresuró a servirme una taza de café con pan. En el preciso momento en que me disponía a dar el primer sorbo, sonó el teléfono. Con toda la flojedad de quien no tiene nada que hacer en esta vida, subió las diecinueve gradas en forma de caracol para contestar la insistente e interminable llamada. Su diálogo, por no decir casi un monólogo, se desarrolló de la siguiente manera:

—¡Aló!… ¡que qué!... ahhh, sí. Muy bien, hijita… ¿Que cómo me encuentro?... mmm, verás… de salud muy bien, pero de dinero mal. ¿Que si tengo dinero?... ¿Por qué, ah?... mmm, déjame ver.

Ni bien terminó de bajar las últimas gradas, inquieta por la conversación, pregunté a mi abuelita quién había llamado, a lo que contestó tenuemente: "la Zoilita".

Mi inquietud no fue tanto por saber quién había llamado; en realidad, mi inquietud era saber si disponía de dinero. Si bien no podía hacer mucho por ella, la curiosidad acrecentaba mis ansias por que me confirmase si disponía o no de él. Los siguientes segundos de silencio sepulcral hicieron que perdiera la cordura, seguramente mi impaciencia fue notada por tan sagaz y experimentada mujer, así que sin más preámbulos pregunté:

—Abuelita, ¿tiene dinero?

—¿Por qué? —preguntó casi dándome la espalda.

—¡Una pregunta, nada más! —contesté, casi temiendo una buena reprimenda.

—¡No! —dijo totalmente de espaldas.

Luego, casi como en cámara lenta, se viró, me miró fijamente y, con una sonrisa medio fingida, añadió:

—¡Pero voy a ver si llueve plata en El Ejido!

No se hable más. Ahora que han pasado los años, me digo a mí misma: "¡Esa es mi abuelita!".




MARÍA SALOMÉ ERAZO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel.

No lastimes a quien quieres

Cuando yo tenía ocho años, vivía en una casa muy pequeña con mis padres y mis hermanos. En ese entonces estábamos muy mal económicamente, había discusiones constantes y teníamos muchas deudas que pagar. Debido a esto, mi padre comenzó a cambiar un poco con nosotros: ya no se preocupaba como antes, lo veíamos muy poco y solo en las noches, porque siempre llegaba tarde a la casa.



Mi mamá pasaba triste casi siempre. La veíamos sonreír muy poco, hasta que un día le pregunté:

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué estás tan triste?

Ella nos reunió a mis hermanos y a mí en la sala y nos dijo:

—Su padre ha encontrado una persona con la que se siente mejor que con nosotros y piensa irse, pero saldremos adelante juntos, como siempre lo hemos hecho.

Al siguiente día, él se había ido. Mi mamá y nosotros llorábamos, pero nuestra familia siempre estuvo ahí para apoyarnos en lo que necesitáramos.

Después de un mes y algunos días, golpearon la puerta de nuestra casa: era mi papá, que, llorando, habló con nosotros y explicó que se arrepentía de habernos dejado. Así, regresó e hizo todo lo necesario para poder recuperar la confianza que había perdido. Ahora todos somos muy felices y estamos siempre unidos.




ALICIA CUASCOTA
nació en Cayambe, Pichincha, en 1961. Trabaja en la Escuela de Educación Básica Municipal Cayambe. Sus actividades favoritas son la lectura y los deportes.

Justin y su cerdito

Justin era una niña de seis años a la que le fascinaban los animales. Su sueño era que su familia tuviera una granja, pero como la casa donde habitaban era pequeña, empezó por pedirle a Fabián, su padre, que le comprara un cerdito. Él no podía negarse a las peticiones de su hija, así que en la primera oportunidad que tuvo se lo compró. Justin abrió sus brazos, corrió hacia su padre y se lo agradeció.

Se sentía muy feliz de tener a su amiguito: lo aseaba y lo alimentaba con mucho amor. Los sábados y domingos lo llevaba



al terreno de sus abuelos y los dejaba ahí, porque había abundante hierba. Fue pasando el tiempo y el cerdito cada vez estaba más hermoso.

Pero cierto día soleado que el animalito estaba amarrado, se vio afectado por una insolación. Cuando Justin fue a verlo, se encontraba muy agitado, convulsionaba. La niña corrió hacia él y con un grito pidió ayuda, pero nadie salió de su casa para auxiliarla.

Ahogándose en llanto, Justin pensó en cómo podría salvar a su amigo, ya que ella sola no podía levantarlo. Entonces buscó una carretilla, la inclinó cerca del cuerpo y logró subirlo. Entre tambaleos logró llevarlo a la casa ante la mirada de los curiosos.

—¡Madre, madre! —gritaba la niña, pero ella aún no llegaba.

Mientras tanto, el cerdito se ponía cada vez peor. La niña, finalmente, decidió ir al taller de su padre, y desde la calle lo llamó:

—¡Papi, papi, mi cerdito se muere!

—¿Qué sucedió? —le preguntó al salir. Su hija se lo explicó entre sollozos.

Entonces, Fabián levantó al cerdito de la carretilla, lo puso sobre una mesa y le pidió a la niña que lo sujetara hasta ir a buscar hierba mora para que le quitara la fiebre. Después de aplicársela con paños, al fin el cerdito abrió sus ojos. Justin se llenó de felicidad y dijo:

—¡Mira, papi, mi cerdito ya está bien! —Y le agradeció con un beso en la frente.




LUSI ELISABETH MOINA
nació en Guasuntos, Chimborazo, en 1967. Trabaja en la Unidad Educativa Juan de Velasco. Su actividad favorita es enseñar.

Camelia

Cuentan que en un resplandeciente verano, con árboles solariegos deshojados al compás del impetuoso viento, el intrépido paraje de los Andes relucía radiante. El horizonte se vestía con lozanos colores. "Tiempo de cosechas", anunciaban con júbilo nuestros campesinos.

En una diminuta parroquia de Chimborazo cuyo nombre guardo impregnado en ajadas grietas de mi alma, nació Camelia, una niña hermosa, robusta, con ojos grandes de capulí. Sin embargo, también tenía algo extraño, murmuraban en el pueblo.



Unos decían que cuando fueron a visitar a la comadre Cumandá, no les permitieron mirar a la niña. La vecina de "Cuma", doña Inés, comentaba que cada noche el esposo y ella gemían de forma desesperada, no podían creer lo que les estaba pasando. Incluso, decía la vecina, más de una vez preguntaban a Dios por qué aquel suplicio.

Pasó el tiempo, que nada lo perdona y, por el contrario, indiviso guarda todo en recónditas memorias. Cumandá, su esposo Venancio y su pequeña hija, angelito enviado por la gracia divina, se fueron del pueblo entre críticas y habladurías. Sobre todo, confundía los pensamientos el gran misterio que aquejaba la existencia de la bebé.

Tras una época comienza otra, y fue para invierno, gélido lapso que enfriaba cada rincón de los hogares, cuando la familia retornó. Cumandá, con su niña entre sus brazos, y Venancio, cargando en

su espalda maletas bien selladas, acompasaban sus pasos lentos con la mirada al piso. Los pueblerinos, a pesar del intenso frío, salían de sus casas a ver de nuevo qué escondían las mantas que cubrían el diminuto cuerpecito de Camelia. Los comentarios eran cada vez más intensos.

Un domingo repicaron las campanas de la iglesia situada en el centro de la parroquia. Llamaban a las ánimas para que fuesen a confesar sus culpas y principalmente a escuchar el sermón de Serafín, el párroco de la localidad.

Al terminar la misa, Venancio y Cumandá intentaron cruzar la puerta del templo. Lupe, la más arrebatada del pueblo, con prisa se acercó e interrumpió su paso, sin temores ni prejuicios, y mirándolos profundamente a los ojos les preguntó el motivo de su congoja. Cumandá estalló en llanto y confesó lo que sucedía: Camelia, que ya tenía seis meses de edad, era parapléjica debido a un problema en el parto. Al fin se había despejado la inquietud de la comunidad.

Transcurrieron los años y Camelia creció. Nuestro creador le otorgó varios talentos: era muy inteligente, entonaba el piano como solo lo harían las diosas del Olimpo y dibujaba con un encanto único. Plasmaba lienzos con tal habilidad que sus cuadros colgaban en las salas de casi todos los habitantes de la parroquia.

Se educó en la Escuela Luz Eliza Borja de su pueblo natal, pero sus compañeras no la miraban con agrado; la aislaban, no querían compartir nada con la niña. Cierto día, tres de ellas le hicieron una broma de mal gusto. A sabiendas de que no podía caminar, pusieron en el aula una araña de caucho, idéntica a una de verdad. La niña, desesperada, gritaba sin cesar; la señorita Laura, maestra del grado, acudió hasta el lugar y observó a la niña en el piso a punto de desmayarse. Desde entonces, Camelia no quiso ir más a

la escuela. Cumandá, el ser sublime que había aprendido a amarla con vehemencia, la animaba siempre.

Posteriormente, la familia se fue a vivir en Quito, donde Camelia continuó con sus estudios superiores y finalizó una loable carrera universitaria. Al cabo de algún tiempo, abrió su corazón y sus cristalinos sentimientos a un muchacho universitario de nombre Carlos. Se amaron sin precedentes, como lo harían dos almas en forma sideral. Posteriormente contrajeron matrimonio y tuvieron un hermoso hijo, Jean.




VANESA ESTEFANÍA TENELEMA
nació en San Miguel de Bolívar, Bolívar, en 2003. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 10 de Enero. Su actividad favorita es el ciclismo.

Las pulgas y el gato Estrellado

Érase una vez un pueblito llamado Balsapamba, donde la gente era muy amable y solidaria. Allí habitaba una pareja de recién casados; se llamaban Melesio y Tomasa. Melesio era muy trabajador, honrado y amable. Tomasa era muy atenta, alegre, solidaria y siempre consentía a Melesio. Lo triste era que no tenían nada para vivir, solo una casita prestada. Entonces, sus familias les



proporcionaron unos terrenitos para que cultivaran maíz, fréjol, cebada, etc., además de cinco gallinas ponedoras y una vaquita lechera. Con el pasar de los años llegaron a tener un hijo al cual prodigaron muchísimo cariño y hasta lo sobreprotegían. Su nombre era Anselmo, en honor a su abuelo.

En el hogar también tenían un gato; lo llamaban Estrellado porque se chocaba con la puerta de la casa cada vez que iba a salir. Estrellado se hizo agresivo a raíz del nacimiento del bebé, y maullaba cada medianoche como si estuviera peleando con alguien. Melesio se levantaba a ver con quién lo hacía y siempre se llevaba la misma sorpresa, pues no veía a nadie.

Tomasa estaba alarmada, pues se solía decir que los gatos traían el mal aire. Temía por su hijo Anselmo, ya que tenía solo tres meses de edad y empezó a cambiar el carácter: cuando Tomasa salía a comprar en el mercado el bebé lloraba y la hacía quedar

mal frente a todos. Su amiga María le decía cuando la encontraba que lo había enseñado al brazo, por eso lloraba. Tomasa, enojada, le decía que no era verdad.

Los esposos, abrumados por la triste situación, ya no sabían qué hacer. Pensaron que Anselmo estaba enfermo y lo llevaron al hospital de San Miguel; allí le hicieron algunos exámenes, pero no encontraron nada. Fueron a clínicas particulares y lo mismo. Les decían:

—El pequeño está sano. No tienen de qué preocuparse. —Pero no dejaba de llorar.

Melesio, ya sin salidas, fue donde su compadre Pedro, le contó todo y le pidió que le dijera si conocía a algún limpiador. Pedro le contó que conocía a Juan, un excelente quitaespantos:

—Solo hay que llevar un huevo y montes.

Luego de agradecer a su compadre, Melesio le preguntó:

—¿Dónde trabaja? ¿Cómo se llega?

Enseguida, Melesio y Tomasa acudieron apresurados donde el curandero. Al llegar al consultorio de Juan, el padre, angustiado, le rogó que curara a su hijo. El curandero lo limpió con el huevo, después con los montes y dijo:

—El niño tiene mal aire, porque el brazo se me pone pesado y el huevo también encierra nubes.

—Gracias, doctor. ¿Con qué podré pagarle todo lo que ha hecho por nosotros?

—Tráigame dos gallinas —contestó Juan—, bien gordas, con cinco huevos cada una.

—Está bien. Ya se los he de mandar con mi mujer mañana.

Llegó la noche y se volvieron a escuchar los maullidos. Melesio subió a ver en el soberado y encontró a su Estrellado muy enojado

con un ratón al que no podía atrapar, porque estaba metido en un hueco; por su parte, abajo, el niño no dejaba de llorar.

Al día siguiente encontraron a Estrellado tomando la siesta del mediodía en la ropa de Anselmo. Tomasa escarbó y encontró muchas pulgas. Pensó y pensó y se dio cuenta de que el bebé no tenía mal aire, sino que las pulgas lo picaban y lo hacían llorar. Se lo contó a Melesio, quien se enojó terriblemente.

—Hoy iba a mandarte las dos gallinas que pidió el limpiador —dijo—, pero por tramposo y mentiroso se ha de quedar con las ganas de comer.

Bañaron a Estrellado muy bien y cuando se secó le pusieron Asuntol para que murieran sus pulgas. Además, limpiaron la casa y en el soberado pusieron veneno para que murieran las ratas. Desde entonces, el bebé vivió feliz, y nunca más volvió a llorar por las noches.

Melesio y Tomasa decidieron que Estrellado durmiera afuera para que no contagiara a nadie de bichos y alergias; y al bebé le armaron una hamaca que colgaba de una soga en dos vigas de la casa, para que durmiera tranquilo y sin sobresaltos.



ZOILA ESTHELA GARCÍA
trabaja en la Unidad Educativa UNE.

Árbol de Navidad

En aquel entonces tenía a mis dos primeros hijos, pequeños todavía, entre los cinco y ocho años. Estaban en esa edad en que la ilusión de la Navidad colma las conversaciones y discusiones, más aún cuando se acerca la fecha anhelada.

Lo primero que se empeñaban en hacer era arreglar el arbolito de Navidad. Teníamos uno que no superaba el metro de altura. Era de material sintético de un verde profundo y brillante. Al sacarlo del sitio donde permanecía guardado todo el año, había que sacudir muy bien el polvo acumulado. Sobre una mesa



cuya altura era un poco inferior al marco bajo de la ventana de la sala, lo colocábamos con gran entusiasmo e íbamos entre los tres adornándolo con bombillos, figuritas y guirnaldas que también habían permanecido guardadas todo el año. Luego iban las luces de colores y las intermitentes. Cuando terminábamos, apagábamos la luz de la sala para ver el resplandor de colores titilantes y alegres en la penumbra de aquel austero lugar.

Tras unos minutos de silencio y contemplación, salíamos de la casa e íbamos casi corriendo hacia la calle para ver desde lejos nuestro árbol. Nos parábamos los tres enlazados de las manos en la noche gélida. La impresión que nos daba, y supongo que a todos quienes lo miraban desde afuera, era la de un árbol grande que llenaba toda la ventana, y sus luces parpadeaban sonrientes, cómplices del engaño. Ellos eran felices viendo su gran árbol desde afuera. A mí me gustaba imaginarlo también así y me prometí

tener un árbol enorme algún día, un árbol majestuoso que nos convocara juntos a su contemplación.

Veinte años han pasado de aquellos recuerdos. Con el tiempo llegaron cosas nuevas: la casa, los muebles y el árbol de Navidad gigante que casi roza el tumbado de la sala. El año pasado lo arreglé sola, lo llené de adornos y luces. Pero el alto muro que rodea la casa no lo deja ver desde la calle, y mis hijos casi ni lo miraban al entrar y salir preocupados en sus cosas.

Jamás regresó la ilusión de colocar juntos los adornos y las luces titilantes, tampoco volvieron las manos enlazadas en la contemplación. Se instaló en lugar de ello un gran silencio. Ese árbol no volvió a sonreír. La Navidad se volvió tan fría que este año decidí no hacer el esfuerzo. Mi gran árbol se quedará ahí en el desván, empolvado y solo como yo, que también tengo empolvada el alma.

Con los hijos grandes, la Navidad ya no tiene la magia de antes. Ya no nos une la ilusión. Otras alegrías los alejan y todo adquiere un tinte comercial y de apariencias. La Navidad nunca volverá a ser como antes.

SORAYA NOEMI SUQUILANDA
nació en Portovelo, El Oro, en 2006. Actualmente es estudiante en la Escuela de Educación Básica Federico Froebel.

El chancho acelerado y la borrega lenta

En una pequeña parroquia llamada Michuaca vivía una pareja con sus siete hijos. Era una familia muy humilde que sabía compartir todo lo que tenía.

El padre, Manuel, un hombre muy trabajador, responsable en el hogar, enseñaba a sus hijos a ser personas de bien. Cuando los cuatro mayores crecieron, salieron a trabajar en la ciudad para ayudar con los gastos; los tres más pequeños lo ayudaban en el campo a cultivar la tierra.

Manuel había reunido un dinero para comprar un chancho, criarlo y luego compartirlo con toda su familia en alguna fecha especial. Salió, pues, un día en busca del animal y se encontró con su compadre Alberto. Cuando le comentó lo que quería hacer, este, sonriendo, le dijo:

—Qué casualidad, compadrito, yo estoy vendiendo un chancho. Se lo dejo a buen precio.

—Muy bien, está hecho el negocio, compadrito. Mañana mismo lo mandaré a traer. —Y así fue como mandó a sus dos hijos pequeños: María, de doce años, y José, de ocho. Manuel confiaba en que su compadre Alberto le vendería un hermoso animal.

Fueron entonces los niños a casa del compadre Alberto, quien les entregó el chancho amarrado. Sin embargo, arisco y enojado, el animal hizo todo el camino corriendo, arrastrando a los hermanos. Minutos antes de llegar a la casa, mordió a la niña en la rodilla y echó a correr. María y José, temerosos por haberlo dejado ir, contaron lo ocurrido a su padre, quien se enojó:

—¡Inútiles, un chancho les gana!

Corrió en busca del animal, lo halló y lo persiguió, pero era tan veloz que parecía que tramo a tramo le decía: "¡Agárrame si puedes!". A la distancia, sus hijos lo observaban y se imaginaban que era una carrera de pichirilos de Fórmula 1. Eran tan grandes las nubes de polvo levantadas por la persecución que pensaban que era imposible que le diese captura.



Minutos después, la soga del animalito se atascó entre unas raíces y por fin se detuvo. El cansancio fue tal que Manuel casi se desmaya, pero cuando se recuperó, velozmente se enrumbó a donde su compadre para devolver aquel animal tan rápido. Alberto le aceptó la devolución y le dijo que el chanchito se había criado en la llanura como un jabalí, por eso era tan arisco.

Pasado un tiempo, Manuel decidió invertir el dinero del cerdito en la compra de una borrega. Pero, ¡oh, sorpresa!, la borreguita amarrada no quería dar un solo paso. Su lentitud era exagerada, no sabían cómo moverla.

—Suéltenla, niños —dijo el padre, y adivinen qué pasó… Su velocidad era inimaginable.

Manuel no lo podía creer.

—¿Y ahora? —se lamentó—. ¡Qué animales tan sinvergüenzas!

MÓNICA PATRICIA PAREDES
nació en Guayaquil, Guayas, en 1969. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Su actividad favorita es enseñar.

Un padre distinto

Cada día 27, mi querido padre cumple otro mes de habernos dejado solas. Pero esta vez no fue culpa de él; fue Dios, quien necesitaba un ángel alborozado a su lado.

Reviviendo mi niñez, puedo decir que siempre guardé un gran resentimiento hacia él, ya que no lo conocía en realidad. Siempre lo vi tan distante… Era el padre que llegaba de visita de vez en cuando, como para que sus hijas lo reconocieran y no lo olvidaran. Claro, el señor, típico macho ecuatoriano, tenía dos familias y debía repartir su tiempo.



No tengo memorias de haber jugado con él, de haber salido a pasear juntos, de haber platicado como padre e hija. No sé si lo he olvidado o si nunca ocurrió. Sin embargo, era mi padre y muy en el fondo lo amaba.

Por su culpa crecí con antipatía hacia los hombres. Pensaba que todos eran egoístas, crueles y sin sentimientos, que solo querían a las mujeres para burlarse de ellas. Cuando crecí y comencé a salir con chicos, solo lo hacía para divertirme; para mí ningún hombre valía la pena. Lamentablemente, jugué con los sentimientos de algunos pobres ilusos, lastimé a muchas personas, lo cual a veces me trae remordimientos. De corazón le he pedido perdón al Todopoderoso.

Ya con sus hijas grandes y casadas, mi padre llegó a establecerse definitivamente en casa de mi madre. Con un poco de madurez de nuestra parte y tras un mayor contacto con él, conocimos su

verdadera historia: de qué tipo de hogar provenía y por qué había actuado de esa manera equivocada,

Nos relataba que en su natal Ambato era maltratado por su padre. De pequeño había sido sometido a trabajos forzados y golpeado sin piedad. Había tenido que huir de su hogar con apenas doce años, y al llegar a Guayaquil le tocó vivir en las calles y pasar días sin comer, hasta que alguien le tendió la mano y le enseñó el oficio de manejar carros. Fue cobrador y condujo camiones, busetas y taxis. Allí entendimos que era un ser humano al que le había costado mucho salir adelante. No quiero justificar su mal proceder con sus mujeres e hijos, pero son cosas que marcan la personalidad de un individuo.

A medida que pasó el tiempo supo demostrar el gran amor que tenía por nosotras. En una ocasión tuve un problema y él fue el primero en salir en mi defensa y en confiar en mí ciegamente. Lo vi llorar, desesperado, demostrando que en realidad yo le importaba. Así, aprendí a perdonarlo y a borrar de mi memoria ciertos momentos desagradables.

Le gustaba dirigir grupos, tenía talento para eso. Conjuntamente con un grupo de amigos, entre ellos mi madre, fundó una asociación de microempresarios de la que fue presidente en dos ocasiones; aquella fue su última actividad.

Fanático a morir de su amado Emelec, al que alentaba a todo pulmón, ganara o perdiera, ponía su parlante a todo volumen para que el barrio entero escuchara el partido. Claro, no podía faltar la bandera gigante en el balcón de su casa.

Por otro lado, era el abuelo favorito de mis pequeñas hijas, lo adoraban. A ellas les brindó el tiempo, el cariño y los juegos que había escatimado a sus hijas. Su forma de ser hacia nosotras, su familia, cambió completamente: siempre estaba presto a atendernos.

Sus últimos años a nuestro lado fueron de mucha diversión. Él se sentía feliz y lo demostraba con sus acciones. Era una persona muy alegre, el alma de toda fiesta. Cuando lo invitaban a una, bailaba desde que llegaba hasta que se iba. Si algún vecino le pedía ayuda, inmediatamente lo auxiliaba. Siempre fue muy solidario con las personas que lo rodeaban.

No había un mes del año en el que no viajáramos en familia a algún rincón de nuestro hermoso Ecuador. Le gustaba conocer lugares nuevos y repetir los ya conocidos.

Cumplía años en el mes de agosto, pero el señor no lo celebraba un solo día, sino todo el mes: amanecía escuchando música, bailando y gritando:

—¡Viva mi santo!

El día de su funeral, a pesar del dolor que nos embargaba, fue grato ver a la multitud de personas que se acercaron a darle el último adiós; parecía que se hubiera ido algún personaje público reconocido. Ver llorar a sus amigas, amigos, colegas y vecinos, y escuchar hermosas palabras de parte de quienes llegaron a tratarlo enternecía el corazón de todos los asistentes. Lo despedimos con sus adoradas cumbias de Lisandro Meza. Su cofre fúnebre fue cubierto por las banderas de sus amores: sus cooperativas y su Emelec.



LAURA ELIZABETH CHINDE
nació en Quito, Pichincha, en 1996. Actualmente es estudiante. Su hermana Carolina Chinde estudia en la Unidad Educativa Cardenal Spellman Femenino.

El Elías come cabeza de pescado

Mi primo, el Elías, se había quedado con hambre de nuevo. Lo supe porque siempre que le falta comida, se queda sentado en la mesa del comedor. Ahora comemos poco porque mi abuela Rocío está tomando un curso de cocina fina en el nuevo Grupo Vespertino de Gastronomía para la Tercera Edad del Barrio San Fernando. Lleva ya tres semanas en él, pero los platos

que cocina siempre son muy pequeños y nos dejan a todos con más hambre de la que teníamos antes de sentarnos a la mesa.

En realidad, la abuela no lo había planeado. Hace un par de semanas, el abuelo Edmundo leyó en el periódico un anuncio sobre los nuevos cursos que el alcalde estaba organizando, pero, como nunca limpiaba sus lentes, confundió la palabra “gastronomía” con “astronomía” y, debido a este error, la abuela terminó inscribiéndose en el curso equivocado. A la abuela le gustaba mucho ver las estrellas, o eso decía. Más que nada, y aunque ella no lo admitiese, todo tenía que ver con una canción de rock, o “metal”, como le decía Diego, mi hermano mayor, violinista de conservatorio y roquero de corazón. Cuando él tocaba “Astronomía”, la abuela se ponía muy contenta.

Debido al curso, la abuela regresaba tarde a casa y nos traía para la cena lo que había cocinado en sus clases. Era muy poco, incluso para mí, que soy el más flaco. Mi primo, el Elías, era quien más sufría. Algunas veces, cuando la abuela tardaba demasiado en llegar, el abuelo Edmundo cocinaba platos horribles para nosotros. Él se disculpaba diciendo que su mamá no le había enseñado a cocinar cuando era chico. Había sido el último de la familia y se había dedicado a las cuentas.

Mi padre, Franklin, era el chef principal de un crucero importante y cocinaba casi tan bien como la abuela. Viajaba por todo el mundo y había estado en más países de los que yo conozco. Era por eso también que no lo veíamos mucho, pero el abuelo siempre nos decía que trabajaba mucho por nosotros. Lo extrañaba, especialmente en las fiestas, pero siempre me decía a mí mismo: “Algún día me convertiré en chef y cocinaremos juntos”.

El Elías se había quedado con mucha hambre después de la minicena *gourmet* de “pescado en salsa de mariscos”. Tras ella, de su estómago salió un gruñido fuerte como el de una pantera.

Miramos al abuelo con nuestros rostros más adorables. Él nos dijo, apenado:

—No puedo ir a la tienda ahora, niños. Es de noche y está cerrada. Tendremos que esperar hasta mañana.

Dicho esto, se levantó de la mesa y se fue a la sala a leer el periódico. Entonces, el Elías me agarró del brazo y me dijo:

—Tengo hambre, primo, me comería veinte huevos crudos. Vamos a la cocina de nuevo. Tal vez encontremos algo.

Fuimos, pero no había nada. La abuela había utilizado hasta los cubitos de hielo. Entonces, vimos en el lavadero el plato del pescado, al cual solo le quedaba la cabeza. Sonreí para mí y decidí hacerle una broma al Elías:

—Si tienes tanta hambre, cómete esa cabeza de pescado.

Me sorprendí mucho cuando dijo que lo haría. Le contesté que estaba loco, pero el Elías la puso sobre un plato y lo metió en el microondas, sin decir nada.

—Al menos déjame grabarte, ¿puedo? —pregunté.

—Bueno —dijo él—, pero no se lo muestres a la abuela.

Salí disparado hacia el cuarto de mi hermano y golpeé la puerta para pedirle prestada su cámara. Lo hizo de mala gana. Entonces, grabé a mi primo, el Elías Tomás Rivera Vega, comiéndose una cabeza de pescado. Le devolví la cámara a Diego y al otro día ya no recordaba lo que había pasado hasta que mi primo vino a verme en medio de la clase de Matemáticas.

Cuando llegó a mi aula, había pequeños murmullos entre mis compañeros, pero no les presté atención.

—¿Qué necesita, Elías? —preguntó el profesor.

—Licenciado Basha, buenos días. Vengo a ver a mi primo.

—Antonio, salga. Tiene dos minutos.



Fui hasta la puerta y el Elías me jaló aún más hacia afuera.

—Ven conmigo —dijo—. Tienes que ver esto.

Bajamos corriendo las escaleras del colegio evadiendo al inspector y llegamos al laboratorio de informática. Los chicos del Sexto A estaban en clases. Entonces, mi primo señaló las computadoras. Todos los estudiantes reproducían, en secreto, el mismo video: EL ELÍAS COMIENDO CABEZA DE PESCADO. Fuimos a la biblioteca y buscamos el video. Tenía cien mil visitas. El Elías se llevó las manos a la cabeza con preocupación y dijo:

—¿Quién lo hizo?

No nos hicimos esa pregunta por mucho tiempo, en el enlace estaba la respuesta. Bien claro, en letras negras, decía: "Usuario que subió el video: Diego96".

El Elías lloró de rabia. Yo tenía miedo de que los niños se burlaran de él. Cuando regresé, el licenciado Basha me llamó la atención y me bajó dos puntos al ejercicio por haber llegado tarde. Pero eso no me importaba, yo estaba más preocupado por el pobre de mi primo, quien debía quedarse esa tarde al entrenamiento y arreglárselas solo. Regresé a casa, decidido a enfrentarme a mi hermano.

Lo que yo no sabía era que el Elías se había vuelto una celebridad en el colegio. Todos admiraron su valentía por comerse la cabeza de pescado. Le pidieron fotos y le compartieron comida todo el recreo del entrenamiento. Estaba muy feliz. Y no solo eso, sino que las visitas habían llegado al millón. Pero eso yo no lo sabía; iba tramando la venganza contra Diego en el bus de vuelta a casa.

Golpeé la puerta de su cuarto, y nada. Seguramente estaba aún en el conservatorio. Esperé con ansiedad por media hora, hasta que escuché que entraba a la casa silenciosamente. Fui y empujé al grandulón de mi hermano.

—¡Subiste el video del Elías a internet y todos lo han visto! ¡Eres malvado y tonto! —grité, e intenté pegarle un puñetazo en el estómago.

Diego era mucho más fuerte que yo, así que desvió mi puño con el brazo, pero el violín que llevaba salió disparado hacia la puerta, cayó y se rompió en dos.

—¡Eres un bruto, Antonio, mira lo que hiciste! Solo espera a que llegue la abuela.

Antonio se libró de mí con un empujón y se encerró en su cuarto. Estaba muy molesto. Yo me puse a llorar. El violín era un regalo de papá y el objeto favorito de Diego. Yo solo quería darle un golpe… a él, ¡no al violín!

Después de una hora, llamé a su puerta para disculparme.

Diego no abrió ni ante las insistencias del abuelo. Las visitas seguían subiendo conforme pasaban las horas. Para cuando el Elías llegó, habían alcanzado los dos millones. Yo seguía sin saber sobre la aventura de mi primo, por lo que me sorprendí al verlo tan feliz. Sin embargo, me sentía mal por Diego y no tenía energías para preguntarle nada.

La abuela trajo camarones. A pesar de la poca comida, nadie salvo el Elías tenía hambre, así que él se comió los de todos. Diego relató el incidente y nadie dijo una sola palabra. Era la cena más incómoda del mundo hasta que sonó el teléfono.

—¿Sí? Buenas noches —respondió el abuelo—. Sí, vive aquí. Sí, está, pero cuénteme a mí, que soy su abuelo. ¿Qué necesita?

El abuelo escuchó pacientemente, anotó un número telefónico y se despidió.

—¿Y, Edmundo? —preguntó la abuela Rocío—. ¿Quién era?

El abuelo contestó:

—Una compañía de mariscos... ¿Elías? —dijo extrañado—. No sabía que eras famoso.

La compañía se había enterado del éxito repentino del video y habían decidido invitarlo a grabar un comercial con ellos para Mr. Pescado. Le pagarían 200 dólares. El Elías dejó escapar un grito agudo. Evidentemente aceptó y pronto lo vimos en la televisión, maquillado y sonriente, sosteniendo un pescado por la cola. Cuando el dinero llegó, ambos supimos lo que teníamos que hacer.

Diego estaba dormido con una bolsa de papas fritas a su lado. El Elías se comió las papas, pero dejó en su lugar un hermoso violín nuevo, de la misma marca que el anterior, pero con el nombre “Diego” escrito en letras doradas. De todas maneras, la abuela no podía quedarse sin escuchar “Astronomía” por mucho tiempo.

Una semana después, llegó la verdadera gran noticia. El video había tenido tanta repercusión que llegó a casa un cheque por siete mil dólares. No, no hicimos más videos, pero la abuela tuvo una gran idea para esa plata: alquiló un local muy bonito en el centro y mi primo y yo lo promocionamos por todo internet; el restaurante Elías vería la luz en tres semanas. El abuelo Edmundo decidió ocuparse de la parte administrativa, o de lo que fuese, menos de cocinar. Sin embargo, era demasiado para la abuela, que hacía platos pequeñitos. Nos hacía falta un chef de verdad. Fue entonces que llamamos a papá. Finalmente volveríamos a estar juntos.




EVELYN MARIUXI PALADINES
estudia en segundo año de Bachillerato del Colegio de Bachillerato Fiscal 12 de Octubre.

Marco y sus dos mujeres

Marco Antonio Paladines Santana nació el 12 de junio de 1886. Fue un niño querido por toda su familia. Era un poco grosero, pero sabemos que de pequeños todos somos desobedientes.

Marco y su familia vivían en el campo y, a pesar de que la escuela le quedaba lejos, buscaba la forma de llegar. Los profesores felicitaban a sus padres por su desempeño e inteligencia; su sueño

era estudiar y ser alguien en la vida, para poder sacar a su familia de la pobreza. Pero su papá no quiso seguir apoyándolo.

Un día amaneció de mal carácter y, al ver que su hijo se iba a la escuela, le dijo:

—Hoy no. Afila tu machete, que nos vamos a trabajar.

—Papá —respondió Marco—, es que hoy tengo que dar una clase de Ciencias Naturales, y la profesora dijo que al que no se la daba le ponía baja nota.

—Entonces no vas más a esa escuela —fue la sentencia.

El niño explicó que no quería dejar sus estudios, pero el padre no lo escuchó. Desde entonces, Marco tuvo que trabajar de jornalero con su padre en las haciendas de otras personas, y tenía que conformarse con lo poco que le pagaban. A cada momento lo regañaban diciéndole que era un muchachito que no servía, y él se resentía mucho. Su padre, un hombre violento, jamás le regalaba un abrazo, peor un consejo; todo lo arreglaba a golpes.

Un día casi mata a su esposa, María, solo porque había llegado de trabajar y no le había planchado un pantalón. La señora casi estuvo un mes inconsciente. Marco lloraba al ver que su madre tenía que sufrir y soportar a su padre.

El joven, entonces, empezó a seguirlo: quería saber por qué trataba tan mal a su mamá. Hasta que un día encontró a su padre con otra mujer. Cuando su madre se recuperó, no sabía cómo decírselo. Esperó a que pasaran los meses para ver cómo seguía comportándose su padre, pero cada día era peor.

Una noche, el señor llegó borracho a la casa. Aporreaba la puerta pidiendo que le abrieran y gritando que iba a castigar a Marco porque le habían dicho que se había robado unos patos. Su familia no le abría, pero el hombre de todas formas la tumbó. Los hijos no sabían dónde esconderse para que no les pegara.



Cuando la mamá iba a correr, el marido la agarró y la golpeó nuevamente. Marco se metió a defenderla, pero el papá, más fuerte, le partió la cabeza. En poco tiempo, Marco, su mamá y los demás hermanos eran un solo llanto. Siempre que el papá se emborrachaba, toda la familia recibía maltratos.

Pasaron los años. Marco cumplió la mayoría de edad y conoció a una chica llamada Marlene, de la que se hizo buen amigo y después se enamoró. Finalmente se casaron y ella quedó embarazada; ambos estaban muy contentos, porque iban a tener su primer hijo.

Cuando el niño nació, Marco y Marlene hicieron juramentos para el futuro: buscaban la felicidad completa para su familia. Sin embargo, un día llegó a visitarlos la mamá de Marlene. Cuando Marco se iba a trabajar, la señora llenaba de chismes a su hija: le decía que su esposo tenía otra mujer y que ella los había visto. Era

mentira; lo que ella quería era llevarse a su hija porque un hombre adinerado le había dicho que estaba enamorado de ella.

Finalmente, la suegra de Marco confundió a Marlene, y cuando el joven llegó del trabajo, su esposa ya no estaba en la casa. Él inmediatamente la llamó.

—Ya no quiero vivir contigo —dijo Marlene.

Marco contestó:

—Puedes hacer con tu vida lo que quieras, pero entrégame a mi hijo.

Pasaron dos meses en los que trabajó solo, sacando adelante sus tierras y criando a sus animales. En eso, apareció una chica, Maryuri, que llegó a su casa a ofrecer unos remedios a crédito.

—Quiero que me cuentes un poco de tu vida —le dijo un día a Marco.

Él le contó su historia y así se fueron enamorando. Entonces Marco le propuso que se conocieran un poco más y así lo hicieron: se comprendieron y se casaron, pero Marco jamás imaginó que Marlene volvería.

Cuando ella se enteró de que Marco tenía otra mujer, regresó a buscarlo. Fue una pelea tan grande entre Marlene y Maryuri que ninguna de las dos se quería ir de la casa; ambas se quedaron a vivir allí. Marlene dormía con Marco y Maryuri aparte, en otro cuarto.

Pasaron los años y Marco tuvo en total seis hijos, tres en cada una de ellas. Estaba feliz porque sentía a aquellos niños como un regalo de Dios.

Sin embargo, Marco no se comprendía con Maryuri. Peleaban casi todos los días; era un infierno. Los niños también discutían al verlos así, hasta que un día Marco se puso a pensar. “No sé qué va a ser de mi vida con dos mujeres. Me siento en un camino sin

salida", se dijo. A pesar de todo, a quien amaba de verdad era a Marlene, pero si seguía con aquella vida todo iba a terminar en tragedia.

Finalmente, se separó de Maryuri. Al principio nadie sabía el porqué; un tiempo después se enteraron de que Maryuri lo estaba traicionando con otro hombre. A la semana siguiente se separó también de Marlene.

La familia le aconsejaba que se tranquilizara, que pensara bien qué iba a hacer con su vida, pero él no escuchaba a nadie. Tal era su desesperación que un día, cuando le dijo a su madre que las hormigas se le estaban comiendo la cosecha de maíz, ella le respondió:

—No, Marco. En el estado en que estás no te voy a dar ninguna clase de veneno, porque podrías cometer cualquier tontería y yo no podría soportarlo.

Marco se acostó en una hamaca planeando qué hacer, y cuando su familia se descuidó, entró a la bodega donde estaba el veneno, fue a curar el maíz y después se lo tomó. Lo buscaron y buscaron pero no aparecía, hasta que escucharon un ruido en la bodega. Cuando llegaron, Marco estaba tendido en el suelo. Uno de sus hijos gritó:

—Papito, ¿qué te pasa?

Marco quiso decirle algo, pero entonces exhaló su último suspiro.

La gente del pueblo gritaba. Algunos incluso se desmayaron al ver el cuerpo inerte de Marco. La madre, del dolor, también quiso quitarse la vida, pero uno de sus hijos la detuvo.

Su familia todavía no se puede recuperar de su muerte. Por otro lado, sus mujeres se volvieron a casar y ahora son felices con sus nuevas parejas.




GLORIA SUSANA ARELLANO
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa NASA.

Inesperado

Era la mañana del 12 de enero del 2004. En la comunidad en la que yo vivía hubo una minga, así que mi madre tuvo que salir y dejarnos solos en casa a mis dos hermanos y a mí.

Aquel día yo jugaba muy contenta. Agarré un fósforo, lo prendí, y de pronto mis hermanos y yo nos dimos cuenta de que nuestra casa ardía en llamas. No sabíamos qué hacer, pues éramos muy pequeños: yo apenas tenía cuatro años; mi hermano mayor, seis; y el menor, dos años y medio. La casa se consumía en largas brasas.



Muy asustados, intentábamos apagar el fuego que acababa con el único lugar en donde creíamos vivir seguros.

El día se iba muy rápido. No había nadie que nos ayudara, ya que la comunidad en la que vivíamos se encontraba muy alejada de la ciudad. A las cinco de la tarde no quedaba rastro de nuestra casa.

Mi madre, al regresar de la minga, se encontró con la sorpresa de que ya no teníamos un lugar para refugiarnos, y soltó el llanto. Era lo único que poseíamos, nos habíamos quedado sin nada: sin ropa, sin comida, sin zapatos. No teníamos quién nos ayudara; mi padre trabajaba en la ciudad de Ambato para sustentarnos, y tenía que cargar cajas de verduras de sol a sol. No sabíamos cómo avisarle, porque no teníamos teléfono para comunicarnos.

Al caer la noche viajamos a un pueblo cercano en el que vivía mi tía. El camino estaba muy oscuro. Sin zapatos, el empedrado

nos lastimaba los pies. Todos llorábamos. Mi hermano menor ya no podía caminar, y gritaba desconsoladamente, repitiendo:

—¡¿Donde vamos a *cunar*?! —Quería saber dónde íbamos a *cocinar*.

La noche se hacía cada vez más larga, pero luego de tres horas al fin llegamos a la casa de mi tía. Ella nos dio otra noticia trágica: mi abuelita paterna se había caído de una ladera y se había golpeado con una piedra; producto de aquel golpe, había perdido la vista. Mi madre lamentó lo sucedido, pues había sido un día lleno de desgracias.

La vida había sido muy injusta con mis padres, pues habían perdido a seres queridos desde muy pequeños. Mi madre se quedó sola a los doce años, y tuvo que madurar a la fuerza porque tenía que trabajar para ella y para su hermano de siete.

Aquella noche del incendio sufrimos mucho, pero en la casa de mi tía ya pudimos comer algo, y dormimos para intentar olvidar lo ocurrido.




GABRIELA ALEXANDRA VARGAS
nació en Alausí, Chimborazo, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Federico González Suárez. Su actividad favorita es jugar fútbol.

Madre solo hay una

Las madres son nuestra vida entera. Son personas fieles, amables y cariñosas que siempre buscarán lo mejor para nosotros. También nos brindan el amor más sincero y verdadero que puede existir. Aunque a veces tengamos discusiones, debemos saber que madre solo hay una y la debemos valorar.

Era un día de abril de 2016. Sabía que mi madre estaba enferma, pero siempre lo ha estado. Mejor dicho, ha vivido diecisiete años con una enfermedad que hasta ahora no tiene explicación. Pensaba que todo estaría bien porque ella ya había



tenido recaídas; sin embargo en aquel día lluvioso, aquel maldito día, mi vida se desmoronó.

Llegué a casa y mi madre no estaba. Intuí que algo malo había pasado, y mis vecinos me lo confirmaron: mi mami se encontraba muy grave y se la había llevado una ambulancia esa mañana, mientras yo estaba en el colegio. Sentí algo extraño dentro de mí, no podría explicarlo.

Se encontraba en un hospital de Riobamba, me contaron, y yo no sabía qué hacer. Mis vecinos me decían que todo estaría bien, pero yo lloraba y pensaba lo peor: imaginaba que perdería a mi madre y que me quedaría sola, sola… Porque ella es mi vida, es lo único que tengo.

Mis tíos decidieron llevarme a su casa, pero me sentía incómoda. Aquellas semanas sin ella fueron las peores. A cada rato me arrepentía de lo mal que me había portado.

Después de cuatro días, mi tío llegó a casa y me contó que mi mami necesitaba irse de urgencia a Guayaquil, porque en Riobamba no había un material exclusivo que ella necesitaba para realizarse las diálisis. Me dijo que me quedara en Alausí y que siguiera asistiendo a clases; él se iría a Guayaquil con ella.

Pasó una semana y todos los días, en la mañana y en la noche, yo lloraba a escondidas. Me sentía hecha pedazos. Mi fe se desmoronó y creció mi resentimiento hacia Dios: "¿Por qué mi madre?", le recalcaba. "¿Por qué eres injusto y me haces esto?". Cuando iba al colegio no me daba ganas de hacer nada, solo pasaba triste.

Un viernes decidí viajar a Guayaquil. El día anterior había hablado por teléfono con mi tío, a quien considero mi hermano. Estaba allí con ella y me decía que estaba evolucionando favorablemente, pero no se lo escuchaba seguro.

Cuando llegué al hospital sentí un escalofrió que me invadió el cuerpo. De pronto vi salir a mi madre en una camilla; no la reconocí al principio. Mi mundo se fue al piso al verla así, con todas esas máquinas, con el oxígeno, entubada… Mis lágrimas empezaron a brotar, imparables. Quería ponerme fuerte pero no podía; maldición, no quería que me viera así. Después la llevaron a terapia intensiva. Yo, por otra parte, estaba muy enojada con mi tío, pues no me había dicho lo que en verdad estaba pasando.

El mismo día, a las seis de la tarde, pude entrar a verla. No saben la alegría que sentía, pero las lágrimas empezaron de nuevo a brotar y esparcirse por todo mi rostro. Ella me sostuvo la mano pero no podía hablar; también lloraba, y en su sonrisa se notaba lo feliz que estaba de verme.

Cuando visitas a una persona en terapia intensiva solo puedes estar seis minutos contados, así que fueron días muy tristes.

Pasábamos hambre y no podíamos dormir, porque los doctores pedían constantemente plasma o sangre para los pacientes, y tampoco teníamos familiares que vivieran en Guayaquil.

Uno de esos días, mi tío fue a buscar unos medicamentos que faltaban, y me dejó pendiente de mi mami. De pronto, un doctor salió de su habitación y me dijo:

—Su progenitora quiere verla.

Se me hizo muy extraño, ya que no permiten entrar sino hasta que empiece el horario de visitas. Cuando entré entendí el porqué: mi madre estaba en las últimas. De pronto empezó a darme la bendición y a pedirme que la disculpara por no haberme podido ofrecer una mejor vida; también me rogó que perdonara a mi papá, porque ahora era lo único que me quedaba. Al escuchar eso, me quebré, pero le dije que iba a estar bien y que yo la estaría esperando afuera para ir a casa como antes.

Cuando crucé la puerta, grité y lloré. Los familiares de los otros enfermos llamaron inmediatamente a mi tío, pero yo solo lloraba, pensaba lo peor. En ese punto me imaginé un futuro sin ella, sin mi única y verdadera amiga, pues, a pesar de los problemas, habíamos sido siempre las dos y nadie más.

Tuvimos que pasar por otras penurias, pero hoy doy gracias a Dios por la oportunidad de que mi madre siga conmigo, y agradezco a toda mi familia por ayudarla y apoyarla. Mientras escribo, se siente como si esto lo hubiera vivido ayer. Lo recuerdo tan perfectamente que vuelvo a llorar cuando lo narro.

Ahora las dos estamos más unidas que antes. Muchas veces tiene que pasarte algo para que te des cuenta de que las personas no son para siempre, y que solo tienes una oportunidad de vivir con ellas, amarlas, cuidarlas y respetarlas.

DOLIS MARIELA VERA nació en Simón Bolívar, Guayas, en 1972. Actualmente se dedica a los quehaceres domésticos. Su hija Génesis Ruth Castro estudia en la Unidad Educativa Santo Domingo.

Mi abuelo y yo

Esta historia ocurrió el viernes 9 de junio de 1992. Mi abuelo nos visitaba cada tanto, pero luego de unos días ya quería que lo fueran a dejar a Chilintomo, a la casa de mi tío Malaquías, el hijo al que era más apegado.

Aquel día me tocó ir a dejarlo a mí. Pasamos por Simón y Pueblo Nuevo, y ahí tomamos el carro correspondiente. Cuando nos subimos, le dije al conductor que nos dejara en el punto del camino llamado La Palma, que era solo una entrada; había que estar alerta. Yo confié en que me avisaría, pero no fue así: mi



abuelo y yo nos quedamos dormidos y, cuando nos despertamos, nos habíamos pasado.

Mi abuelo tenía problemas de corazón y debía evitar las impresiones fuertes. Además, como hacía mucho sol, comenzó a sentirse mal: no podía respirar y se desmayó. Muy asustada, lo senté a la orilla de la carretera y fui a pedir ayuda a una casa cercana. Vinieron muchas personas, que le dieron de beber agua y le mojaron la cabeza.

Yo ya no tenía dinero, porque mi mamá me había dado el monto exacto para llegar hasta Chilintomo. Sin embargo, gracias a Dios pasó una persona que se conmovió al vernos en esa situación y nos llevó en su carro. Recién entonces mi abuelo comenzó a reaccionar; cuando llegamos donde mi tío, dijo que no recordaba lo que había pasado.

Pero mi susto no terminó allí: pasé toda la noche muy preocupada, pensando que habría sido mi culpa si a mi abuelo le hubiera pasado algo. No pude dormir; solo esperaba a que amaneciera para regresar a casa y contarle a mi madre todo lo que había sucedido, y al mismo tiempo para decirle que era la última vez que lo acompañaba, porque nunca antes me había sentido tan aterrada. En verdad fue la última vez, porque un mes después mi abuelo falleció.




MÓNICA ELIZABETH VERA nació en Guayaquil, Guayas, en 1978. Trabaja en la Unidad Educativa del Milenio Nela Martínez Espinosa. Su actividad favorita es leer libros de superación personal.

Travesía por la vida

Mi estadía en este mundo no ha sido gratuita, siempre pagué un alto precio por ella. Aún recuerdo mis días y noches de infancia, soñando ser grande, pero con un pensamiento muy particular, no como el de todo niño. Al escribir esta historia, llueven en mi mente muchas experiencias que la vida me ha permitido transitar, y no precisamente con sonrisas. A veces pensaba que la felicidad era un sueño del cual yo nunca sería partícipe.

Mis raíces corresponden a una familia muy pobre —miserable, se podría decir— en el sentido económico, de aspiraciones y de práctica de valores morales. Soy la tercera de cinco hermanos, y esto me ponía en gran desventaja dentro mi hogar, ya que pasaba desapercibida.

Mi primera hermana merecía todo porque era la mayor; era la señorita de la casa. El segundo de mis hermanos era el único varoncito en la familia, y aunque murió tempranamente, nunca se fue de nuestro lado. La tercera era yo. La cuarta hermana necesitaba todas las atenciones porque era la más gordita, enfermiza y perezosa (hasta sus defectos eran vistos con mucho cariño). Finalmente, la quinta era sin lugar a dudas la consentida de la casa.

Era difícil y doloroso vivir de esta manera, ir contra esta corriente de pensamientos absurdos que invadía a mi familia y que inconscientemente me lastimaba. Me marcó para la vida.

En mi casa siempre existió violencia verbal, física y psicológica, por lo que comúnmente sentía que no vivía en un hogar, sino en un pozo en donde yo me veía sentada, abrazada a mis rodillas, llena de miedos. Parecía imposible salir de allí, pero algo curioso me sucedía al mismo tiempo, pues también podía ver literalmente cómo los rayos del sol, con doble luminosidad por decirlo así, me acompañaban siempre, aun en los peores días.

En casa se podían sentir la frialdad, la violencia, pensamientos absurdos y corruptos que solo ocasionaban insultos y agresiones físicas. Viví prácticamente bajo un régimen militar en donde todo, absolutamente todo, debía estar impecable, exageradamente ordenado y limpio, en donde no teníamos derecho a salir ni a la puerta porque, si lo hacíamos, los castigos eran fuertes.

Mi madre, una mujer joven pero muy cobarde para enfrentarse a la vida, permitía que todo sucediese y prefería aguantar lo que se venía en lugar de considerar la posibilidad de dejarlo todo e irnos lejos, a un lugar en donde seguramente estaríamos mejor. Debe haber sido por la cantidad de hijos y la limitación de recursos económicos. ¡Debe haber sido eso!

Cada vez las cosas se ponían peor y yo, una niña de seis años, sentía que debía hacer algo, sentía que estar dentro de una familia no



constituye el simple hecho de estar, sino de sumarme a ellos para la lucha y, aunque mi tamaño fuera insignificante, mi mente y mi corazón eran grandes y me motivaban a salir de ese estado en el que vivíamos. Teníamos todo lo negativo, pero no felicidad, y menos aún dinero. Pero nunca me conformé.

En el barrio, mis vecinos tampoco dejaban de hacerme de lado. A esa edad, seis añitos, llegué a pensar que definitivamente unos nacen para estrellas y otros para estrellados. El segundo era mi caso, porque en realidad las acciones se direccionaban a mi persona, o será que era más observadora y susceptible que los demás.

En alguna ocasión, y mientras con suerte lograba jugar, escuché a los vecinos hablar de Dios, de que para Él no había nada imposible, y de que concedía todo lo que le pidiéramos, especialmente los niños. ¡Dios! Por primera vez en mi vida sentí alegría, experimenté la dulce sensación de que tanta violencia,

discriminación y pobreza estaban por desaparecer. Pero no pensaba que eso tenía que ir de a poco.

Recuerdo que un día le rogué a mi abuelita paterna que me llevara a misa para conversar con Dios y pedirle ayuda para toda mi familia, incluyendo mi papito, pues a pesar de que no era tan bueno yo lo amaba. Mi abuelita accedió con la condición de que sería la única vez que me llevaría, que las siguientes ocasiones yo tendría que alcanzarla a ella en la iglesia, que se encontraba a un kilómetro de mi casa.

Una vez allí, me quejé como un hijo consentido a su padre y lloré mucho. Le pedí a Dios que ya no hubiera más llanto, insultos, golpes y pobreza, porque yo me iba a portar bien. Fue entonces cuando, a pesar de mi corta edad, y al ver a mi madre sufrir incansablemente, me propuse vivir, ser valiente y estar bien, para que ella también lo estuviera. Así empezó mi travesía por este mundo: lo hacía todo por ver feliz a mi familia, creía firmemente en que podía, porque ahora contaba con alguien que me escuchaba y que me hacía sentir su cariño a pesar de que yo no lo veía.

Pasó el tiempo y los insultos y golpes al parecer iban desapareciendo de a poco, pero la pobreza no. Fue así que mi papá decidió migrar a los Estados Unidos. Sentí que me arrancaban una parte de mi corazón, me deprimí. Casi no comía, pero al ver a mi madre igual de deprimida, nuevamente pensé: "Alguien tiene que ser fuerte". No podía permitir que nuestro hogar muriera por la tristeza, y me di la manera de levantar los ánimos de todos. Con el corazón sangrando por la partida del ser al que, aunque no era tan bueno, amaba tanto, sonreía, organizaba a mis hermanas y bailábamos para mi mamá, preparábamos comida y rezaba a mi Dios para que pasara pronto.

Sin embargo, mientras la tristeza pasaba, la pobreza nos consumía, y fue entonces cuando me volví "comerciante". Con cinco sucres que nos regalaron en ese tiempo, le pedí a mami que comprara naranjas y las pelara, y recorrí escuelas, colegios, barrios y canchas. Algo sacaba

para alimentarnos. Mi papá se olvidó de nosotros por muchos años, pero poco a poco íbamos aumentando más frutas a nuestro “negocio”.

El tiempo pasaba, y concebí otro propósito: estudiar. Aunque no entendía para qué servía, escuchaba a todos decir que era bueno, que nos conducía al éxito, que nos culturizaba y, lo mejor, que era la puerta de salida de la pobreza.

Fue así que, a pesar de que nadie daba nada por mí, yo, silenciosamente y con el apoyo de mi amigo secreto, mi Dios, empecé a estudiar con mucho esmero. Los obstáculos propios de la pobreza no se hacían esperar: para empezar, la matrícula era fiada y mi mamá la terminaba de pagar al finalizar el periodo lectivo. El rector era una buena persona, pues con paciencia la esperaba. Obviamente le cobraba matrícula extra, que costaba más, y luego uniformes, zapatos, útiles escolares, los benditos libros, ¡uffff! ¡Todo era tan difícil!

Con aquella presión, ella adoptó una actitud violenta, muy parecida a la de mi padre: el encierro, los insultos y los golpes volvieron a convertirse en el pan de cada día. Teníamos que hacer todo al “pie de la letra”. Sin embargo, yo continuaba con mi meta: vivir para hacerla feliz, aunque yo no lo fuera del todo, aunque mamá nunca lo valorara.

Algo que debo recalcar es que nunca la perturbé con la compra de libros o copias. ¿Para qué? Amaba tanto a mi madre que no quería darle una preocupación más. Sabía que a duras penas teníamos para comer. Más bien, en el colegio aprovechaba al máximo las horas libres y, con el apoyo de una amiga que sí tenía los libros necesarios, realizaba mis deberes. Si tenía alguna lección que estuviese en el libro, me tomaba el tiempo de transcribirla al cuaderno y llevaba los apuntes para estudiar.

Aparte de esto, uno de los problemas de la pobreza era que no podía comprar zapatos de calidad, así que, siendo ya una señorita, andaba con los zapatos destapados, mi dedo gordo se salía. Recuerdo que mis maestros, para que no me sintiera mal, me decían:

—Mónica, te has tropezado y se te ha destapado el zapato. A mí me pasaba lo mismo, pero yo masticaba chicle y se lo ponía al zapato para arreglarlo.

Yo no tenía ni para el chicle. Con un nudo en la garganta y aguantando las lágrimas, sonreía y decía que así lo haría. Por un lado me daba ternura la actitud de mis maestros, pero por otro sentía que ofendían mi inteligencia, al creer que no me daba cuenta de lo que pasaba.

Por fin me encontraba ya en sexto curso. Sabía que había llegado el momento de conocer los resultados de mi esfuerzo, de varias noches de desvelos, de una vida disciplinada y dedicada enteramente al estudio. No lo he dicho antes, pero mi meta era llegar a ser la abanderada de la institución.

El momento esperado llegó, y me comunicaron que era la segunda abanderada. No me sentí tan contenta, pues mis esfuerzos y calificaciones demostraban otra cosa, e incluso mis maestros me apoyaban para que viajara en ese entonces a Azogues a preguntar qué había sucedido. Sin embargo, no tenía dinero para hacerlo y tuve que conformarme con la comunicación recibida.

Me alegra al menos saber que, aunque no fui la primera abanderada, obtuve conocimientos y, sobre todo, el respeto y la admiración de mis maestros. Más aún, me demostré a mí misma y a los demás que la pobreza solamente está en las mentes pequeñas y conformistas, aquellas que solo sirven para crear barreras y grandes monstruos que no hacen más que llenar de temor e impedir el desarrollo eficiente y cabal de todo ser humano.

Mientras duró este proceso de aprendizaje me abstuve de tener enamorado, pues no quería distracciones que me hicieran perder el horizonte, sin que esto signifique que nunca me enamoré. Al ver culminado mi propósito, dediqué tiempo a

pensar en las conversaciones que escuchaba a mis compañeras acerca de sus experiencias amorosas y lo bonito que se sentía. Fue entonces cuando en mis razonamientos me dije: “He cumplido como hija, le he dado muchas alegrías a mi madre y por mi causa no ha tenido que derramar ninguna lágrima que no sea de alegría. Creo que es tiempo de permitirme vivir la época del enamoramiento”.

Así, me di la oportunidad de experimentar una relación con la persona que, con la bendición de Dios, sería luego mi esposo y padre de mis hijos. En muchas ocasiones intenté que mi madre concibiera la idea de un enamorado para mí, pero fue imposible: todo era amenazas, por lo que decidí hacerlo a escondidas.

¡Ojalá no lo hubiera hecho! Al enterarse, casi me mata. Esa noche tuve que dormir fuera de casa para que parara de golpearme. Tuve que soportar aquel estilo de vida por más de un año y, aunque yo sufría, podía ver el sufrimiento de ella también, pues temía que yo repitiera los mismos errores que mi hermana mayor y por eso se ensañaba cruelmente conmigo.

Nuevamente pensé en mi propósito y decidí dejarlo en manos de Dios y dedicarme a la Iglesia en calidad de catequista. En cada oración pedía que aparecieran personas que salvaran a los niños de los abusos de los mayores, para que fueran felices. Terminé alejándome de mi enamorado para que mamá fuera feliz, pero no sirvió, las cosas seguían cada vez peor. Por ello, decidí casarme por el civil, aun sin el consentimiento de mi madre, y por fin salir de mi casa, a la que literalmente sentía como un pequeño infierno.

El hecho de irme y no volver por un mes hizo que mi madre reaccionara y que, para mi boda eclesiástica, al darme la bendición, se arrodillara y me pidiera perdón por los castigos injustos que me había propinado durante toda mi vida y por no haber sabido valorar mi esfuerzo por ser la hija que quería que fuera. Desde

ese entonces y tras un abrazo lleno de llanto, arrepentimiento y mucho amor, nuestra relación es la mejor de todas.

La vida, además, me premió con un buen esposo y dos hijos adorables. Empecé a trabajar con el apoyo de mi madre, pues ella se encargó de cuidar a mis niños y de alimentarlos. Conseguí reunir un poco de dinero, los ingresos empezaron a mejorar y con esto las condiciones de vida: mejor ropa, alimentación, una casa digna y hasta un carro, algo que nunca pensé que iba a lograr.

Antes de terminar esta historia, quiero compartir algo maravilloso. Desde pequeña rogaba a Dios en mis oraciones que existieran personas que lucharan en contra de la vulneración de los derechos de niños y adolescentes. ¡Dios, qué grande eres! Mi tercer trabajo fue en el INNFA[1], lo que ahora es el MIES[2]. Dios me dio la oportunidad de trabajar por algo que deseé desde lo más profundo de mis entrañas, con el alma misma. Allí me sentí un instrumento valioso. Empecé a saborear el delicioso sabor de la felicidad, algo que en primera instancia creía que no era para mí. Ahora estoy convencida de que, con la gracia de Dios, vienen días mejores, y aún mantengo la ilusión de que más temprano que tarde podré alcanzar la felicidad completa.

Era necesario que pasara por todo este proceso para sanarme y llegar a purificar mi ser. Hoy en día soy magíster en Diseño Curricular y gozo del amor y el respeto de mucha gente. A través del dolor aprendí que ningún momento es tan malo como para rendirse, porque, a pesar de la crueldad de las personas, el amor se mantiene, no desaparece, se transforma. Todo dependerá de la firmeza de tus propósitos y de cuántas ganas tengas de lograrlo. Mis sueños se han multiplicado y voy por más.

---

1 Instituto Nacional de la Niñez y la Familia.

2 Ministerio de Inclusión Económica y Social.




MAYRA LORENA GODOY nació en Zaruma, El Oro, en 1986. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional Calasanz. Su actividad favorita es leer.

Emanuel (Dios con nosotros)

En el silencio cálido y tranquilo de mi despertar, pero con la incógnita de que cada día tiene sus nuevos propósitos por cumplir, en medio de la suave y esplendorosa luz infinita, aquella mañana jamás sospechada e imaginada aconteció tu partida en el trágico y nefasto accidente. Te esfumaste como humo en el candelero, solo dejando un suspiro al viento, y con las interrogantes: ¿por qué a mí?, ¿por qué a ti?, y sin saber qué hacer con tanto dolor que sentía



mi alma. Pero luego escuché una voz dándome paz que me decía que todo estaría bien. Esa voz suave y esplendorosa como aquella luz infinita, eso es la vida después de tu partida, eso hace honor a tu nombre: Emanuel (Dios con nosotros). Eso aprendí…

Hijo mío, sabía cuándo nacerías, pero jamás el día en que te iba a perder. Desde ese día todo cambió y esta vida sin ti ya no es vida, tu cuerpecito ahí escondido, sin vida, cuando tenías que dar tus abrazos, tu sonrisa, tu alegría; esa alegría que nunca podrá borrarse, con el paso del tiempo más te extraño, mi pequeño, y sé también que algún día nos volveremos a encontrar y te daré un abrazo eterno en compañía del Creador.

Tu presencia se puede sentir en cada susurro del viento, cuando las estrellas titilan con su gran magnificencia y resplandor, ya que nunca se puede pedir vivir eternamente a las personas que amamos, porque la muerte lo impide. En tu nombre, tu ser y en el

corto tiempo compartido, mi Emanuel, Dios estuvo y estará con nosotros, hay que aceptar su voluntad y propósito.

Luego de tu partida aprendí a valorar el instante del instante, a extrañarte con cada sonrisa, a abrazarte en cada una de las personas que amo, a soñar aún despierta, a mirarte en cada caricia, aprendí a no dejar de amarte ayudando a los demás. ¡Oh!, qué infinito es el olvido y qué corto tu paso por la Tierra.




TOMÁS SANTIAGO MOLINA
nació en Quito, Pichincha, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular Terranova. Su actividad favorita es leer.

Ella

Eran los inicios de los años 40 cuando una niña de tez trigueña vino al mundo. Su vida fue complicada desde el inicio. Su madre era una joven soltera, risueña, de grandes aspiraciones, amante de la moda y el tango. Su padre, un empresario de más de treinta años, con esposa y familia. ¡Qué pareja más peculiar! Y sin embargo, ocurrió. Un amorío inesperado, prohibido y apasionado surgió entre los dos. Y aquella pequeña fue el fruto.

Al nacer, su padre no pudo estar a su lado, pues tenía responsabilidades que cumplir, así que su madre, llena de alegría

e inocencia, la cuidó con mucha ilusión junto a su abuela. Las cosas fueron así hasta que, en su primer año de vida, su madre sufrió una terrible bronquitis, para la cual necesitó antibióticos. En ese entonces, la alergia a la penicilina aún no era demasiado conocida en este país, y una inyección fatal se llevó su vida.

La niña quedó huérfana a muy corta edad. Fue su abuela quien la acogió con los brazos abiertos y la crio. Sin embargo, vivió el resto de sus días convencida de que a su hija la habían envenenado los médicos.

Ella tuvo una infancia normal, alegre y tranquila. Su abuela siempre la consintió y trató de ser lo más afectuosa que pudo, para de algún modo compensar la pérdida sufrida. Ella creció creyendo que su abuela era su madre, pues la señora jamás se atrevió a contarle la verdad. Aunque siempre encontró un poco extraña su avanzada edad —comparada con las madres de los demás niños, ella era mucho mayor—, no le dio mayor importancia.

A los siete años, mientras jugaba con sus familiares como todos los domingos, una de sus primas decidió revelarle lo que todos los demás habían decidido mantener en secreto: ella era huérfana; la viejecita que la cuidaba en realidad era su abuela. Ella sufrió mucho. Se sintió apartada de los demás, pues era la única persona que conocía que había crecido sin una madre verdadera. Sin embargo, eventualmente supo recuperarse, y siguió amando a su abuela tal y como lo había hecho toda la vida.

Las cosas continuaron su curso normal hasta que cumplió los doce años. Fue entonces cuando su abuela falleció, y ella quedó huérfana por segunda vez. Fue devastador, pues era como si el destino hubiera decidido que merecía sufrir nuevamente la pérdida con la que nunca había tenido la oportunidad de lidiar. Por primera vez sintió la ausencia de una figura materna.

Fue enviada a vivir con su tía, a la cual se le cedió su custodia. Lo que ella nunca esperó fue la manera en la que la trataron allí. Su tía estaba casada con un hombre cruel, que no esperó ni un momento para ponerla a trabajar en la fábrica de gaseosas que poseía. Y su tía jamás se opuso.

Fue un cambio abrupto para ella, acostumbrada a los mimos de su abuela. Ahora tenía que levantarse todos los días mucho más temprano de lo usual para ir a ayudar en la fábrica antes de ir al colegio, y al volver, también tenía que acudir allá. Lamentablemente, no tenía otra opción.

Por suerte, supo encontrar refugio en el arte. Se volvió una ávida lectora de obras como *Chico Carlo* o *Mi planta de naranja lima*, y una talentosa escritora, con habilidades natas. Su profesor de Literatura, siempre muy amable con ella, le hacía leer sus poemas en clase. Desde entonces, siempre la hizo destacar, y la ponía como ejemplo ante los demás. Fue así como ella se sintió inspirada a publicar su primer libro de poemas, una recopilación de todo lo que había escrito a lo largo de su vida. Además de eso, poco a poco descubrió su amor por el tango, música que la inspiraba a cantar. Era una cualidad heredada de su madre, y como ella, se convirtió en verdadera fanática de Carlos Gardel y Libertad Lamarque.

Así transcurrió su adolescencia hasta alrededor de los dieciséis años: entre libros, cantos y sueños en la soledad de su habitación. Mientras todas las chicas disfrutaban, ella tenía que trabajar duro en la fábrica.

Fue entonces cuando los pretendientes empezaron a aparecer. Al igual que su madre, era una mujer atractiva, y nunca faltaron muchachos que se interesaran en ella. A partir de un buen día, un joven de su misma edad empezó a esperarla todos los días en la esquina de su casa para acompañarla. Lo que él no sabía era que había otro muchacho igual o más interesado en ella:



Édison, un joven algo pendenciero y alborotado, pero con mucha personalidad y un gran corazón.

Édison, celoso como era, le dio una buena paliza a su rival, y lo alejó de ella. Siempre tuvo las mejores intenciones: la ayudaba a cargar las jabas de gaseosa que debía llevar por las tardes, y le aseguraba que alguien como ella no merecía ese tipo de trato.

Nunca fueron novios, pero Édison representó una luz de esperanza en su vida. Él, muy enamorado, le insistía todo el tiempo que se casaran para poder escapar de sus tíos, pero ella nunca aceptaba la oferta.

Finalmente, un buen día, cansada de la vida que llevaba, dijo que sí. Juntos escaparon hacia la casa de Édison, quien, nervioso y tomado de su mano, rogó a su madre que pidiera permiso a sus tíos para que se pudieran casar. Le contó del maltrato que ella inmerecidamente recibía y la madre, conmovida, accedió. Los tíos

otorgaron el permiso sin darle mucha importancia, pues nunca se habían preocupado genuinamente por ella.

Y fue así como pasaron a vivir juntos, en la casa de Édison. A pesar de haberse casado sin haber tenido una relación previa, juntos descubrieron las mejores maneras de quererse. Ella aprendió a apreciar su personalidad y su buen corazón, y él aprendió a quererla aún más que antes.

A pesar de haber tenido siete hijos, ella no dejó atrás sus estudios. Terminó el colegio y la universidad y trabajó como enfermera, sin nunca descuidar a sus niños, pues ahora por fin había alcanzado lo que ella nunca había tenido: una gran familia. Junto a Édison, padre estricto y algunas veces distante, pero siempre responsable, supieron afrontar las dificultades de la vida y criar a sus hijos con todo el amor del mundo y la sabiduría que habían ido adquiriendo.

Aunque jamás tuvo la oportunidad de dedicarse a ser escritora, nunca dejó atrás su pasión. Escribió incontables poemas, cuentos, reflexiones y relatos, y jamás abandonó su gusto por la lectura, además de continuar con la entonación de maravillosos tangos.

Esa es la historia de Norma, nombre escogido por su madre, inspirado en la canción de Julio Jaramillo, “Norma mía”. Es una mujer que, a pesar de todo lo que afrontó en su vida, nunca se dio por vencida ni dejó de soñar. Hasta ahora, a sus 77 años, participa en talleres de literatura, y disfruta de cantar y bailar buen tango. Esa mujer de incontables relatos me ha inspirado a escribir sobre ella. Y, lo más importante, es a quien tengo el privilegio de llamar *abuela*.




ARELIS GABRIELA TUQUERRES nació en Quinindé, Esmeraldas, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Juan XXIII. Su actividad favorita es leer.

Un día fuera de lo común

La normalidad siempre ha sido un poco escasa a lo largo de mi vida, más con la familia que tengo. Mi hermano, Jonathan, jamás ha podido estar tranquilo en un lugar, y ese día no fue la excepción.

Paseábamos por un parque acuático cuando mi tío, que anda en silla de ruedas, se hartó de ella. Todos se concentraron en ayudarlo, buscar un lugar más cómodo y sentarlo allí. En un momento de distracción, Jonathan tomó la silla de ruedas y empezó a recorrer



el sector. Los presentes se apartaban, tratando de no molestar al “discapacitado”. ¡Pero era mi hermano!

Quienes se lo cruzaban lo miraban con compasión, ya que tenían a sus hijos completamente sanos, y les daba pena que un chico tan joven, con una vida por delante, estuviera en esa situación.

Al querer bajar por una rampa empezó a tambalearse, así que dos chicas se acercaron a ayudarlo. Sin embargo, Jonathan, al ver que iban a tomar la silla de ruedas, se sorprendió, se puso de pie y caminó a acomodarla en un lugar más seguro. Luego se sentó y siguió recorriendo el lugar.

La cara de sorpresa de las personas que lo veían es algo que jamás podrá borrarse de mi memoria. Mi familia y yo no sabíamos qué hacer de la vergüenza: ¡todos nos estaban mirando!

ANABEL MARÍA GARCÍA
nació en Ambato, Tungurahua, en 1988. Trabaja en la Unidad Educativa San Miguel de los Bancos. Su actividad favorita es escribir narraciones y poemarios.

Mi gladiadora

Recuerdo su sonrisa, su aroma, su piel. Recuerdo su dolor, sus lágrimas, sus gritos ahogados en silencio. Para mí era un ángel disfrazado de mujer, a quien la sangre me hizo llamar "tía" y la vida, "mamá". Más allá del tiempo y la distancia, hasta siempre. Pronto nos volveremos a encontrar.

A veces entrar en detalles se vuelve complicado, no por el hecho de no recordar, sino por las consecuencias de hacerlo. Inicia el debate entre la mente y el corazón: ¿es correcto recordar para que la herida vuelva a sangrar?, ¿o pasaron el luto y el tiempo

suficientes, y el dolor se vuelve parte de uno mismo y permite que la valentía se abra paso, susurrando al oído: “Esto es parte de crecer, no estás sola”?

A lo largo de mi vida, mientras crecía, nunca conocí a una persona tan buena y generosa. Fue la única que pudo con mi rebeldía, aquella típica que aparece en la adolescencia. Fue ella la que me enseñó que hay un Dios muy bueno al que hay que amar más que a la misma vida. Su nombre: Ligia. Tal vez para algunos solo sean letras, pero para mí es la mitad de mi alma.

Yo era la niña de sus ojos, pero una enfermedad catastrófica me la arrancó. ¿Qué hacer cuando el cáncer aparece en la persona que más amas? Cómo hubiera querido que la respuesta fuera fácil, pero me llevó tiempo entender que el dolor más intenso que sentiría en la vida sería el de esa batalla, el de su partida.

Con la llegada de esa noticia, lo primero que sintió mi corazón fue rabia. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué a mamá? Cada día veía desaparecer el brillo de su mirada, entre médicos que hacían análisis, operaciones programadas, un sinfín de cosas que no entendía. ¿Por qué a ella?

Al concluir la extracción de un tumor en su seno, le vino el dolor, el no poder verse en un espejo, el sentirse incompleta. ¿Y cómo no? Su piel había sido arrancada. La recuperación fue larga pero volvió a ser ella: mi tía, mi mamá, la mujer que me hacía una mejor persona, que me enseñaba una vez más que rendirse no era una opción, y que estar de rodillas ante Dios salvaba vidas.

Pero esta felicidad duró poco. El cáncer volvió con mucha más fuerza, más agresivo, más dañino. Cercenaba entre úlceras la piel, y volví a aquella epifanía que había sentido la primera vez: ¿por qué a ella? Se avecinaba la mayor lucha de todas: doctores y fe,



familia y medicamentos, dinero y cirugías, dolor y silencio, llagas y sonrisas. Impotencia.

El cáncer había hecho metástasis. Cada día que pasaba, mi tía sentía más dolor, y aun así no se quejaba. La quimioterapia fue tan agresiva que le provocaba inanición. El vómito se abría paso y arrancaba lágrimas de sus ojos. Estaba postrada, débil, no podía levantarse ni para una ducha. Atada a sedantes, a pesar de todo, tenía el alma en paz, estaba agradecida con Dios por su vida. En mi mente permanecen aquellos días entre pasillos, sentada junto a tantas personas cuyas familias pasaban por lo mismo, y lo único que retumbaba era el silencio.

Recuerdo la mañana antes de su muerte. Me dijo:

—Anita, vamos a casa, no quiero estar aquí.

Y mi subconsciente grita aún la mentira que le devolví:

—Pronto iremos a casa. —Pero ese momento nunca llegó.

Las horas pasaron. Después del trabajo iba rumbo al hospital y mi mamá me llamó al teléfono:

—Anda y descansa. Yo iré esta noche a cuidarla. —Si hubiera sabido lo que sucedería, no le habría hecho caso.

Aquella madrugada, mi papá vino y me pidió que fuera con mi hermano al parqueadero donde él trabajaba, para reemplazarlo. Aunque no me lo dijo, supe que mi tía había muerto. A las siete de la mañana, mi mamá pasó por nosotros. Traía unas fundas con ropa negra. Recuerdo que me desplomé en el piso, gritando desde el pecho:

—Dios, ¡¿por qué?!

Entramos en el velatorio; vi gente, amigos, familia, pero difuminados. Lo único que me saltaba a la vista era un ataúd que tenía adentro a la persona que más amaba. Con cada paso que daba me acercaba más y más a aquel cajón, y mi mente aún no lo entendía, no lo quería creer.

El corazón finalmente se me rompió. Llegué al ataúd pero estaba sellado. En mi cerebro me imaginaba que era mentira, que ella no estaba ahí, que todo era un engaño. Pedí que lo abrieran, exigí verla, pero me alejaron. Aquel día supe lo que es destruirse, lo que es perder la fe, lo que es ser un fantasma que no ansía nada. Las horas seguían corriendo y era una zombi.

En su entierro, me fijaba cómo aquel ataúd descendía poco a poco al fondo de un agujero en la tierra. Recuerdo que pedí que la sacaran o me dejaran con ella. Después, todo se hizo borroso; no recuerdo más.

Me llevó semanas asimilar su ausencia, pero extrañamente también vino un sentimiento de paz: al fin ella no sufría y podía descansar. Mi mente empezó a recordar los buenos momentos, las

mil y una sonrisas que me regaló desde que nací, las travesuras, las chiquilladas… Sin darme cuenta, aquella herida empezó a transformarse en motivo de lucha con la insignia de mi gladiadora, aquella mujer que me enseñó que primero debe estar Dios y, segundo, quienes lo servimos en la Tierra.

Fue por ella que decidí empezar a vivir a partir de esa consigna. Por ella mis pasos me llevaron a servir en la docencia, porque es ahí, en las aulas, donde se cambian vidas; porque los jóvenes no solo son números y letras: son sentimientos, tristezas, ejemplos, este presente que podemos moldear para convertirlos en excelentes seres humanos, con el propósito de vida de ser solidarios, de servir, de estar prestos a vencer barreras.

Más que ser una docente que enseñe dígitos y problemas, cambiar vidas se volvió mi objetivo. De a poco lo he hecho y espero seguir haciéndolo, porque no todos son tan afortunados de tener quién los escuche, y a veces eso es lo único que se necesita: saber que no estamos solos en el mundo.




JUAN DESIDERIO ERAZO
nació en San Juan, Chimborazo, en 1959. Trabaja en la Unidad Educativa Hualcopo Duchicela. Su actividad favorita es el vóley.

El hijo ingrato

Mi tía Carmen tenía cinco hijos: tres varones y dos mujeres. Los cuatro mayores eran muy obedientes, respetuosos y cariñosos con sus padres, pero el quinto hijo desde pequeño era malcriado, travieso e irrespetuoso con toda su familia. Pese a eso, sus padres y hermanos lo querían y lo consentían, por ser el menor.

Sus padres se sacrificaron para darles la mejor herencia, la educación, pese a que tenían escasos recursos económicos. Todos adquirieron su profesión y contrajeron matrimonio. Llegaron a tener hijos y cada familia vivía en diferentes casas de la ciudad, pero



siempre iban a visitar a sus padres. Quien con mayor frecuencia lo hacía era el menor, con su esposa y sus dos hijos. Su madre y su padre los recibían alegres, los atendían, les servían los alimentos con gusto, escuchaban música, jugaban con los nietos, salían a pasear y algunas otras cosas más, pero el hijo no había cambiado su comportamiento y seguía siendo ingrato. Por cualquier cosa reclamaba y reprochaba a sus padres.

Sus padres le brindaban todas esas atenciones porque gozaban de buena salud, pero con el pasar de los años fueron envejeciendo y perdiendo las fuerzas. Finalmente, mi tía fue ingresada en una casa de salud. Debido a la gravedad de su enfermedad, pasó internada tres meses, y el médico decía que necesitaba del cuidado no solo de la enfermera sino también de sus hijos, especialmente en las noches. Los cinco se reunieron para conversar y resolvieron hacer turnos para cuidar a su madre y cumplir con lo que había

dicho el médico; menos el menor, que ponía una serie de pretextos y disculpas.

Los cuatro hijos mayores, entonces, cumplieron con su deber hasta que mi tía falleció. La llevaron al cementerio y alrededor de la tumba el último hijo, que había sido ingrato con su madre, lloraba como una magdalena. Hasta decía que lo enterraran y que quería ir con su mamá. De pronto, un primo bastante ocurrido lo empujó con disimulo y cayó a la tumba justo cuando empezaban a botar la tierra. Entonces, él, desesperado, gritó:

—¡Auxilio, sáquenme! ¡No me quiero morir, quiero seguir viviendo!

Finalmente, todos los presentes, especialmente los familiares, nos dimos cuenta de que hasta cuando su madre estaba en la tumba su hijo ingrato mentía y fingía.




ANA PAULA OCHOA
nació en Machala, El Oro, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa San Esteban. Su actividad favorita es bailar.

Anécdotas familiares

Me llamo Ana Paula Ochoa Feijoó, y tengo catorce años y un hermanito. Nací en Machala, pero viví cinco años en Cuenca, porque mamá y papá estudiaban allá. Finalmente nos vinimos a Naranjal porque nos estábamos poniendo colorados y hablando con cantado.

Las anécdotas más impresionantes que conozco son las de mi familia. Por ejemplo, cada año nos sabíamos ir de viaje a



disfrutar de diversos parques acuáticos. Recuerdo que en uno de ellos salimos tan mojados de un juego que tuvimos que andar sin zapatos hasta llegar al carro a cambiarnos.

Otra anécdota graciosa: cuando éramos chiquitos, mi hermano y yo siempre jugábamos en el local de mis papás. En ocasiones —muchas—, yo le vertía en la cabeza cemento o azúcar impalpable. Mi hermano iba llorando donde mi mamá, que se ponía muy molesta, pero a la vez se reía y corría a ver la cámara de fotos.

Mis abuelitos paternos vivieron la mayor parte de su vida en Naranjal. Mi abuela cuenta que, cuando llegó a vivir aquí, le comentaron que si se bañaba en el río de Chacayaco no se podría ir nunca más del pueblo. Entonces, pasó cinco años evitándolo; sin embargo, siempre llevaba a sus hijos. Uno de esos días, ella se bañó y ocurrió lo vaticinado: ha vivido aquí hasta la actualidad.

Por el otro lado, mis abuelitos maternos son de Machala. Hace mucho tiempo, cuando estaban de novios, la hermana de mi abuela se casaba en Guayllabamba. En la fiesta, otro hermano de ella —Vicente— y mi abuelo empezaron a beber. En eso, a mi abuelo se le rompió el taco del zapato y le pidió a Vicente que le prestara uno de los suyos.

A lo que terminó la fiesta, regresaban a sus casas —en ese entonces vivían en Piñas— y Vicente le pidió el zapato de vuelta, pero mi abuelito no se lo quiso dar. Ya iban a empezar a pelear cuando mi abuelito, sabido, le dijo:

—Aquí no. Vamos a La Cruz. —Se refería a un lugar turístico que se ubica en la punta de un cerro.

Vicente aceptó y fueron juntos a La Cruz en auto. Sin embargo, cuando llegaron y Vicente se bajó, mi abuelito arrancó y lo dejó botado.

Así como hay muchas anécdotas y cuentos alegres, también hay recuerdos tristes que no se borrarán de nuestros corazones. Por ejemplo, mi abuelita paterna presenció la muerte de uno de sus hijos. A pesar de que ella sabe quiénes lo hicieron, nunca les guardó odio ni rencor. Recuerdo que me decía que aquello no le iba a devolver a su hijo, y que le pedía a Dios por él y también por aquellas malas personas.




ARIANA JAMILEX PINTO
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Río Upano. Su actividad favorita es danzar.

Cambios en mi vida

Mis padres se conocieron en Sucúa, pues mi mamá trabajaba en un restaurante y mi padre vendía mercadería en distintos lugares, y una vez recaló allí. Se enamoraron y se fueron a vivir a Guayaquil, y entonces, el 30 de abril del 2001, nací yo.

Mi padre era mi adoración: cada vez que llegaba a casa del trabajo, yo lo recibía con un fuerte abrazo y le empezaba a hacer

los masajes que tanto le gustaban. Una tarde, salió a trabajar en un taxi amigo, y se le subieron unos ladrones que lo apuntaron con una pistola. Lo llevaron a un lugar alejado para poder robarle el coche, y luego lo golpearon hasta dejarlo casi muerto.

Mi abuela fue la que recibió la noticia por parte de la Policía. La familia, asustada, salió a buscar a mi padre; yo no sabía lo que pasaba, porque aún tenía cuatro años. Había sufrido un derrame; a causa de eso, un ojo se le volvió más pequeño y una de sus manos no estaba ubicada donde debería. Mi mamá estuvo pendiente de él en todo momento, hasta que mi padre se recuperó y quiso salir a trabajar nuevamente en el taxi de un tío. Estaba todo de maravilla, incluso su salud, hasta que un día vio a sus asaltantes, lo que le causó un derrame cardíaco mucho más avanzado, que poco a poco le fue quitando la vida.

Mi mamá ya no soportaba estar con él, ya que perdía un poco el conocimiento y se volvía agresivo. Así pues, decidió traerme a vivir a Macas. Mi padre no pudo soportar que me alejaran de él, pues decía que yo era lo que más amaba en la vida. Mi abuela le insistió mucho a mi mami para que yo pudiera regresar, por lo menos mientras mi padre viviera.

Pero cuando llegué, ya era muy tarde: mi padre había empeorado. Se encontraba en casa, en un colchón tirado en el suelo de la sala, flaco y sin poder hablar. Me dio su mano derecha y yo le di la mía, la apretó muy fuerte derramando lágrimas y mirándome a los ojos. Tuve que salir de la casa y esperar afuera hasta que mi padre murió. Yo lloraba mucho, querían consolarme pero no podían, lo único que deseaba era entrar a verlo, aunque eso ya no era posible, debido a que lo estaban poniendo en un ataúd. Yo tenía cinco años, y aquella experiencia fue muy dolorosa.

Cuando volví a Macas, empecé a estudiar y mi mamá, a trabajar en la cárcel, donde conoció a un señor llamado Julio Guerra.



Mantuvieron una relación, hasta que él salió de la cárcel y nos llevó a vivir a La Maná, provincia de Cotopaxi. Allá seguí estudiando, y allá nació mi hermano. Yo estaba muy feliz de tenerlo conmigo: se lo mostraba a mis compañeras y le compraba cositas. Cada fin de semana salíamos de paseo: a la piscina, al zoológico y a otros lugares, pero siempre como familia.

Julio me hizo sentir que yo podía tener un padre en él. Cada vez que un amigo le preguntaba cuántos hijos tenía, él siempre respondía que dos, mi hermano y yo. Finalmente consiguió un mejor trabajo en Macas y regresamos a vivir acá.

Mi hermano fue creciendo hasta que, cuando cumplió tres añitos, mi mamá y mi padrastro le organizaron una fiesta en grande, con payasos, piñata y muchos caramelos. Recibió una gran cantidad de regalos.

Mi padrastro trataba día a día de demostrarnos todo lo que sentía por nosotros, hasta que un día tuvo que irse al hospital debido a un grano muy grande que le estaba saliendo en el cuello. Dijeron que supuestamente no era tan grave y que no había de qué preocuparse, pero la bola seguía creciendo. Entonces, fue donde un curandero, le partieron el grano y tuvo que parcharse esa parte, para que nadie la viera.

Pero mi padrastro fue empeorando y mi mami no tuvo otra opción que llevarlo a Guayaquil para que lo curaran. Pasaron varias semanas allá, mientras yo me hacía cargo de mi hermano: lo llevaba a la escuela, le daba de comer, lo bañaba; fui su segunda mamá durante ese mes.

Recuerdo claramente una tarde que mi abuelita estaba hablando por celular con mi mamá. Yo, muy angustiada, esperé para preguntar cómo estaba mi padrastro, y ella me respondió que estaba mejorando. Me sentí muy contenta al escuchar eso.

La noche de un jueves 27 de noviembre, yo me encontraba haciendo mis tareas para el día siguiente. Eran las diez de la noche cuando mi abuela entró desesperada con mi hermano y lo empezó a vestir. Yo pregunté a dónde se iban, y lo único que hizo fue mirarme y decirme que mi padrastro no había podido más y que había muerto. Lloré y grité como una loca; en ese entonces tenía trece años. Rápidamente alistamos nuestras maletas para viajar a Guayaquil.

Al llegar allá no lo quise ver. Mi hermano no sabía lo que pasaba, pero su prima le contó y él agarró una silla, la puso junto al ataúd, vio a su padre y golpeó su cabeza contra el vidrio, como pidiendo que se levantara, pero en realidad ya no despertaría jamás. Estuvimos allá hasta el día del entierro. Mi hermanito lloraba y a mí se me partía en dos el corazón, porque no quería que sufriera lo mismo que yo.

Ya regresando a Macas, todos estábamos desconsolados, aunque sabíamos que debíamos ser fuertes por mi hermanito. Yo recordaba el último día que había visto a mi padrastro, cuando se subió al carro, alzó su mano y se despidió de mí. Su último deseo era ver a sus dos hijos, pero no pudo ser posible.

El día del cumpleaños de mi hermano, mi madre y yo no sabíamos qué hacer, pues apenas habían pasado once días de la muerte de mi padrastro. Sin embargo, queríamos que se sintiera bien y organizamos un paseo: fuimos a un parque y le compramos una torta helada. Mi hermano estaba feliz, aunque cada noche decía que desde una estrella del cielo su papá lo estaba mirando.

Fue muy doloroso; no era justo perder a mi segundo padre, con el cual había compartido muchos momentos de felicidad, pero así es la vida y debemos respetar las decisiones de Dios.

Con el paso del tiempo todo cambió. Mi madre ya no volvió a ser la que era, se volvió más fría, no sabría explicar cómo. Yo ya no quería que tuviera otro compromiso, pues ninguno de sus pretendientes se tomaba en serio que ella tenía dos hijos y debía darles amor.

Cuando crecí, empecé a estudiar en Sucúa. En aquel colegio conocí a personas importantes, una de ellas la que actualmente es mi pareja. A los quince años quedé embarazada; ha sido difícil pero no imposible. Nunca han cesado las críticas, las hubo y hasta ahora las hay; lo único que queda es ser fuerte y seguir el camino.

Continué estudiando y viviendo con mi mamá. Actualmente tengo dieciséis años. Mi bebé ya nació y debo cuidarlo, pero aun así no puedo ni debo dejar el estudio, porque quiero que los dos ángeles que desde el cielo me cuidan día a día estén orgullosos de mí.

Mi hermano ya tiene ocho años de vida, y aunque va creciendo nunca se olvidará de su padre. Todavía dice que él lo mira desde la estrella más grande del cielo.

Nunca debemos dejar de luchar por lo que queremos. Podemos alcanzar grandes cosas a pesar del dolor que haya en nuestro corazón. Yo sabía que si me deprimía me iba a perjudicar sola, lo cual no me haría bien, y mucho menos a mi hijo de ya dos meses.

Quiero y deseo alcanzar grandes metas. Unas de ellas es conseguir un empleo con el cual a mi familia no le falte nada. No tenemos riqueza, pero sobra amor para darnos entre todos.

AUKI GUAILLAS
nació en Saraguro, Loja, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional San José de Calasanz. Su actividad favorita es leer.

Noche de invierno

El sábado 26 de mayo, al despertarme por la mañana, pasó por mi cabeza un recuerdo que suponía olvidado. Estaba en casa de mi abuela, mi única persona de apoyo, una mujer esbelta, gentil, inteligente y con una belleza incomparable en todos los sentidos. Los años para ella eran simplemente minutos que recorrían lentamente; ahora comprendo que el tiempo es relativo.

Hacía diez años me había ido a vivir con ella, y hacía tan solo dos que había viajado a Cuenca a estudiar medicina. Aquella vez volví a casa a celebrar por tercera vez el Día de la Madre, en el feriado nacional por la conmemoración de la Batalla de Pichincha.

Aunque no fuese la fecha correcta, soy una de esas personas que piensa que todos los días deben ser de la madre, y que no hace falta celebrarlo en una fecha específica.

A las nueve de la mañana del día después de llegar, Delfina, mi abuelita, golpeó la puerta de mi dormitorio con vehemencia. Las ventanas temblaban como si tuviesen un frío intolerable. Por primera vez en mucho tiempo me despertaba tan tarde, aunque, bueno, no había sido del todo mi culpa, ya que hacía unas pocas horas que había empezado a dormir. De repente, el olor de la casa y el perfume de mi habitación y del armario causaron la recapitulación de un recuerdo que tenía en lo más profundo de mi ser y que me hizo romper en sollozos casi inmediatamente.

Parecía que hubiese sido ayer la creación de las cadenas que tendré que soportar el resto de mis días. Ahora recuerdo perfectamente la noche que cambió repentinamente el rumbo de mi vida, aquella tragedia que se tornó en un martirio para mí, pues la historia de mi corta existencia en aquel momento se remontó únicamente a esa noche, noche de desventura, fría, frágil…

Aquel mes de junio estaba a punto de cumplir mis catorce años; ya saben, la época en que una persona trata de empezar su rol con el mundo a expensas de su propio pensamiento: la adolescencia. Recuerdo que era un martes cuando desperté a las seis y media de la mañana. Era un muchacho despreocupado, únicamente me importaba recibir mi porción de dinero e ir a la escuela a molestar a quien me diera la gana. Lo irónico de esto era que tan solo tres años atrás, era un chico ejemplar por las múltiples cualidades y excelentes notas que poseía. Era la envidia de mis primos, aunque no de mis hermanos, pero lamentablemente no recuerdo qué me hizo cambiar de percepción de manera tan radical.

Aquel día fue diferente a los demás, iniciando con que no contaría con el apoyo de mis padres para irme al colegio con los



típicos gritos de siempre: "¡Darío, apúrate! ¡Baja a comer!". En cambio, me habían dicho que hiciera lo que quisiera, acto que me dejó completamente perplejo. De allí intuí que algo estaba a punto de pasar. Más tarde comprobé que no me equivocaba.

Aquella noche, mis papás llegaron a eso de la una de la mañana. Muy temprano al día siguiente, mi mamá preparó el desayuno y nos dijo que ninguno iría al colegio, puesto que tenían algo muy importante que contarnos. Su rostro se llenaba de alegría con tan solo pensarlo. Recuerdo que mi mamá tenía una bella y pronunciada sonrisa, la más hermosa que haya visto jamás, esa mañana la vi sonreír mucho más de lo que hacía con las ocurrencias de mis hermanos, por ejemplo. Paradójicamente, aquel día ese aspecto de felicidad exacerbada se volvió incómodo, y lo que deseaba era que se dejara de rodeos y soltara la información. Papá se despertó y juntos desayunamos durante

una media hora, hasta que finalmente nos contaron lo que tanto querían comunicarnos: el proceso de visado nos había favorecido, ¡nos iríamos al extranjero!

Lloré de la emoción. Nunca en mi diminuta vida me hubiera imaginado que iba a llorar por algo así. Pero la alegría no fue únicamente mía: mis hermanos gritaron de la emoción y salieron corriendo a contárselo a mis abuelitos, que no sabían si reír o llorar, como cuando te dan a elegir dos juguetes y tienes la obligación de hacerlo al azar, pero qué lástima pensar que por el corto tiempo que tienes no aciertas el que realmente te gusta, y después te arrepientes o piensas en un futuro alterno donde hubieses tenido el otro… Sin duda somos demasiado complejos para poder explicarlo.

El viaje tendría lugar al cabo de un mes, el 27 de junio, para ser exactos.

¡Todo fue tan de prisa! De repente ya era la noche que dejaríamos nuestro país, la peor de mi vida, literal. Habíamos salido en nuestro carro, felices y campantes, aunque también un poco melancólicos y tristes, una completa paradoja. Con todo, recorrimos el trayecto hasta la estación de buses, para de allí partir a Guayaquil. Tomamos el de las diez de la noche y, al fin, el sueño de mudarnos a otro país empezó a hacerse realidad.

Ya en el trayecto contaba los segundos, los minutos y las horas, y sin embargo parecía que nunca el tiempo había sido tan lento. Eran las tres de la mañana y me encontraba jugando en mi *tablet* con mi hermano Merlín cuando de repente, de la nada, unos gritos rompieron el silencio. Inmediatamente mis papás nos unieron en un caluroso y frondoso abrazo que no nos permitía observar el panorama externo.

Sentí que el bus se dirigía a la decrepitud del vacío. Fui el más egoísta de mis hermanos, pues me situé en medio, regocijándome

con todo el calor posible. Únicamente pasaron tres minutos hasta la completa desgracia.

La mañana siguiente, al despertarme, noté que mis huesos habían sufrido severas fracturas. Mis extremidades estaban completamente cubiertas de yeso. Bajo mi cuello reposaba el collarín cervical que impedía que me moviese. Cerca de mí se hallaba mi abuelita, con un escueto pañuelo mojado, llorando a más no poder.

En ese momento no sabía exactamente a qué se debía su llanto, si a la alegría de que despertara o a que algo adicional había acontecido, pero notaba que no podía ser contenido. Enseguida pregunté por el resto de mi familia, pues me parecía un tanto extraño que en una enorme sala solo me encontrara yo; al menos mis hermanos debían estar allí. Ella, tan sincera, y tratando de ser lo más sutil posible, se limitó a responder entre sollozos que absolutamente todos habían fallecido.




HEMERSON STEVEN SOLÍS nació en Quito, Pichincha, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Doctor Manuel Benjamín Carrión Mora. Sus actividades favoritas son la lectura y el boxeo.

Una historia de superación

El 10 de agosto del año 2006 falleció mi abuelo, Luis Alfredo Pupiales. Fue un día raro, lleno de emociones y muchos recuerdos hermosos. Todavía lo extraño con mucha nostalgia.

Él nació en la ciudad de Ibarra, fue el más chico de seis hermanos. Cuando tenía tres años, murió su padre, y la familia decidió mudarse a Quito. Todos debían trabajar para colaborar con la economía, y él se interesó por la mecánica.



Ayudaba en un taller en el cual trabajaba Pedro Javier Paredes, quien lo llevaba a dar vueltas en su auto. La ambición de mi abuelo era tener una estación de servicio, y empezó a trabajar en la que poseían su hermano y tío. Unos años más tarde, fue contratado en una empresa de colectivos.

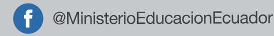
En 1955, a sus veinticuatro años, se casó con mi abuela, y en su luna de miel visitaron Portoviejo. A ambos les encantó.

En 1961 decidieron irse de Quito: querían buscar un nuevo lugar. Mi abuelo preparó su colectivo, lo cargó con frazadas, ropa, lámparas, muebles, comida, etc., y fue a vender todo al Valle.

Una vez que lo logró, empezaron un viaje para probar suerte. Solo existía asfalto hasta Machala; se enfrentaban con un clima muy frío, con la soledad y los caminos de ripio. Pero nada de esto impidió que mis abuelos llegaran a su destino: una ciudad llamada Loja.



En este libro encontrarás relatos que suceden en el ámbito de la familia. Abuelas, abuelos, tíos, tías, primas, primos, hermanos, hermanas, papás, mamás, hijos e hijas se encuentran para vivir historias cotidianas, curiosas o conmovedoras; algunas están cargadas de humor, otras de ternura y las hay incluso tristes. Todas estas narraciones forman parte de "Nuestras propias historias"; te invitamos a leerlas, quizás en alguna página encuentres la tuya.







/MinEducacionEcuador

/Educacionecuador





Dirección: Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
Teléfono: 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
www.educacion.gob.ec